

# BABEL

*Revista de Arte y Crítica*

*Una visión más elevada  
del nuevo mundo*

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1945

## SUMARIO:

<i>Max Raphael</i>	UNA CRÍTICA MARXISTA DEL TOMISMO
<i>Ernesto Montenegro</i>	A BUEN SARMIENTO MALA PODADERA
<i>Luis Franco</i>	LA POESÍA DEL HOMBRE NUEVO
<i>González Vera</i>	EXTRAÑO EXPROPIADOR (cuento)
<i>Manuel Rojas</i>	EL SOCIALISMO Y LA LIBERTAD
<i>Carlos Mayer</i>	LEV DAVIDOVICH

INDICE DEL VOLUMEN VII

*Santiago* 30 *de Chile*

# T I E R R A F I R M E

La única colección de libros de autores latinoamericanos sobre temas de la América Latina.

ORIGINALES MODERNOS, BREVES, LEGIBLES,  
BIEN PRESENTADOS, BARATOS.



SE HAN PUBLICADO:

Augusto Guzmán                      B. Sanín Cano  
TUPAJ KATARI                      LETRAS COLOMBIANAS

Julio Jiménez Rueda  
LETRAS MEXICANAS EN EL SIGLO XIX

Mariano Picón Salas  
DE LA CONQUISTA A LA INDEPENDENCIA

Arthur Ramos  
LAS POBLACIONES DEL BRASIL

Alfonso Crespo  
SANTA CRUZ, EL CONDOR INDIO

Gilberto Freyre  
INTERPRETACION DEL BRASIL

Luis de Valcárcel  
RUTA CULTURAL DEL PERU

Leopoldo Benítez  
ARGONAUTAS DE LA SELVA

Medardo Vitier  
DEL ENSAYO AMERICANO



EN TODAS LAS LIBRERÍAS, O CON EL EDITOR:

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63

MEXICO, D. F.

# EDITORIAL "CULTURA"

presenta la novedad literaria del año:

**COLECCION «LA HONDA»**

bajo la dirección de Nicomedes Guzmán

Doce autores, doce títulos: una síntesis extraordinaria de la realidad actual de Chile a través de la interpretación de nuestros mejores noveladores nuevos

EL GOLFO DE PENAS,  
por Francisco A. Coloane

SINFONIA EN PIEDRA,  
por Raúl Norero

VENTARRON,  
por Reinaldo Lomboy

PAMPA VOLCADA,  
por Mario Bahamonde

COMARCA DEL JAZMIN,  
por Oscar Castro

POR EL ANCHO CAMINO DEL MAR  
por Guillermo Valenzuela

UNA CASA JUNTO AL RIO,  
por Gonzalo Drago

TIERRA EN CELO,  
por Juan Donoso

LA BODA DEL GRILLO,  
por Nicasio Tangol

SEWELL,  
por Baltazar Castro

SOBRE LA BIBLIA, UN PAN DURO,  
por Andrés Sabella

LA NOCHE Y LAS PALABRAS,  
por Eduardo Elgueta

Valor de la suscripción \$ 250.- No se venderá por  
por los 12 volúmenes: tomos separados.

SOLICITE PROSPECTOS Y SUSCRÍBASE EN:

**LIBRERIA DE LA EDITORIAL CULTURA**

Huérfanos 1165 — Teléfono 81291 — Casilla 4130

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

## LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,  
2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA:

Alonso, Amado, El artículo y el diminutivo... \$ 10.-	Lira, Pedro, El Código Civil y el nuevo de- recho... 60.-
Amunátegui S., Domingo, Las letras Chilenas... 25.-	Mardones, Francisco, Curso de Geometría Descriptiva 120.-
Anabalón, Carlos, Tratado Experimental de De- recho Procesal Civil Chileno... 200.-	Pinilla, Norberto, La generación chilena de 1842. 40.-
Castro, Américo, Conferencias dadas en la Uni- versidad... 25.-	Pinilla, Norberto, Bibliografía crítica sobre Ga- briela Mistral... 10.-
Labarca, Amanda, Historia de la Enseñanza en Chile... 50.-	Pinilla, Lagos y Rojas, Panorama literario de 1842... 15.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN  
ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

## GUIA DE LIBREROS

### LIBRERIA APOLO

*Pasaje Matte 88 - Tel. 66727*

TODO LO QUE SE  
LEE EN ESPAÑOL

### LIBRERIA MEXICO

*Bandera 445 - Tel. 88118*

EDICIONES CRUZ DEL SUR

### LIBRERIA DE OCCIDENTE

*Alameda B. O'Higgins 1313  
Tel. 69649*

LITERATURA GENERAL

### LIBRERIA NASCIMENTO

*Ahumada 125 - Tel. 83759*

LAS MEJORES EDICIONES  
NACIONALES Y EXTRANJERAS

### LIBRERIA EL SEMBRADOR

*Pasaje Matte 29 Tel. 86240*

LIBROS Y REVISTAS EN INGLÉS:  
LITERATURA PARA NIÑOS, LI-  
BROS TÉCNICOS NOVEDADES EN  
ESPAÑOL

### LIBRERIA ORBE

*San Antonio 212 - Tel. 31944  
Casilla 1316*

EDICIONES CHILENAS, FIGURINES  
Y NOVEDADES EXTRANJERAS.  
DEPARTAMENTO VENTAS A PLAZO

### LIBRAIRIE FRANCAISE

*Estado 36 - Tel. 80504  
Casilla 43 D.*

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y  
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.  
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS  
LAS NOVEDADES

### LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

*Agustinas 1639 - Tel. 62222  
Casilla 9351*

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS  
DEL SABER HUMANO

### LIBRERIA HISPANO-AMERICANA

*Merced 846 - Tel. 33455  
Casilla 3916*

SUSCRIPCIONES A REVISTAS  
EXTRANJERAS

### LIBRERIA SALVAT

*Agustinas 1043 - Tel. 84734*

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

### LIBRERIA LA OCASION

*San Diego 125 - Tel. 89608*

LIBROS RAROS, EDICIONES  
CHILENAS AGOTADAS

### LIBRERIA SENECA

*Huérfanos 836 - Tel. 33698  
Casilla 13171*

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

# BABEL

*Revista de Arte y Critica*

*Directores:* ENRIQUE ESPINOZA

## 1945

*Santiago de Chile*

NUMERO 30

COMPARADOS CON JESÚS O CON SAN FRANCISCO  
NUESTROS MÍSTICOS SON PEDAGOGOS DE CUATRO AL  
CUARTO, QUE PONEN UNA GRAN IDEA AL ALCANCE DE  
LOS NIÑOS. LOS MÁS GRANDES ENTRE ELLOS SON  
SANTA TERESA Y SAN JUAN, DOS SUBLIMES HISTÉRI-  
COS. NO TE ENSANCHES, PUES, ¡OH, VERDOLAGA! CON  
EL EJEMPLO DE SANTO TOMÁS, QUE BAJO UN SUTIL  
ESPÍRITU ESCOLÁSTICO, ENCIERRA COMO CREADOR DE  
IDEAS UNA VULGARIDAD Y CRASITUD DIGNAS DE  
CUALQUIER CAPELLÁN CASTRENSE.

GANIVET.

*Max Raphael*

## Una crítica marxista del tomismo\*

El sector del mundo no controlado por el hombre se enfrenta a la razón sin la mediación del cuerpo, los sentidos o el entendimiento, y la razón está menos dispuesta para dicha mediación cuanto menor es su propio contenido. Por lo tanto, la razón, antes que nada, debe buscar garantías contra su propia arbitrariedad. Y es característico que encuentre esa garantía no sólo fuera del mundo, sino también fuera de la conciencia, pues esto muestra que el hombre se ha dado cuenta cabal tanto de la inadecuación de su propia mente como de su papel en la creación de Dios.

Al afirmar una prueba de trascendencia absoluta el hombre actúa bajo el imperio de una ilusión, pero de una ilusión que tiene base en la realidad. Es de todo punto improbable que el hombre hubiera podido imaginar un mundo absolutamente trascendente si no hubiera experimentado por medio de su actividad corporal o de sus sentidos un mundo terrenal relativamente trascendente, es decir, un mundo que trascendía su propia conciencia. Y no es un accidente, sino más bien el resultado de toda la experiencia anterior, el que en la teología de Santo Tomás aparezcan juntas la trascendencia absoluta y la trascendencia relativa, es decir, las cosas y el pensamiento humano dependientes de Dios, y el pensamiento humano dependiente del mundo objetivo externo. De este modo, aun la ficción de una prueba de absoluta trascendencia apoyada — por muy inadecuada que sea la forma en que lo hace — la trascendencia del mundo con respecto de la conciencia humana.

De aquí que, en la medida en que era necesario admitir, siquiera relativamente, la trascendencia del mundo con respecto de la conciencia, fuera necesario probar la existencia de un absoluto partiendo de la naturaleza del mundo, a fin de preservar la ilusión de lo absoluto del peligro de contradicción por el mundo real. Se comprendió que una prueba basada

\* De *Marxist Quarterly*, New York. Traducción de Oscar Vera.

sobre el concepto de Dios podía probar solamente su existencia como concepto, y que su existencia real sólo podía ser introducida de contrabando. Las pruebas de la existencia de Dios ideadas por Santo Tomás representan, por lo tanto, el máximo esfuerzo para la defensa metafísica de la teología. Los intentos ulteriores (Descartes, Hegel), que vuelven al argumento original de San Anselmo de Cantorbery, descansan en la sustitución del espíritu divino absoluto por un espíritu general del mundo. Y este tipo de idealismo indica que se abandona la búsqueda de la inclusiva realidad de Dios, porque sólo la esfera de las creaciones *humanas* muestra ese grado de incontrolabilidad que hace necesario imaginar la existencia de Dios.

Es de gran interés para el marxismo resolver la hipertrofia tomista del idealismo, pues sólo de este modo es posible formular con claridad el elemento de verdad relativa que contiene la descripción idealista del proceso del conocimiento, es decir, el carácter y grado de la reacción de la mente sobre la materia. El marxismo debe, por lo tanto, refutar las pruebas de Santo Tomás, y puede hacerlo revelando los factores históricos que necesariamente conducen a la ilusión (de la existencia de un sector no controlado en la naturaleza y en la sociedad humana), y explicando los efectos prácticos de esta ilusión sobre la realidad concreta, ya que los sectores controlados e incontrolados se encuentran y superponen en mil puntos. Pero debido a la gran importancia social de estas ideologías, en parte reproducidas por la persistencia de las condiciones que las originaron y en parte mantenidas mediante la fuerza por las instituciones que apoyan a la clase dirigente, el marxismo debe mostrar también en qué forma el hecho de que su origen resida en ilusiones afecta la prueba misma y sus consecuencias, y las hace insostenibles.

La peculiaridad de la prueba tomista de Dios está en que procede de un mundo externo independiente de la conciencia humana, establece el ser esencial de dicho mundo como principio de una ontología, y pasa luego de esa ontología a la teología. En nuestra refutación nos referiremos a la exposición que hace Maritain de la ontología en su libro *Antimoderne Ultramoderne*, y a la prueba de la existencia de Dios como la formula Santo Tomás en la *Summa Theologica*.

El primer problema es: ¿Cuáles son los principios ontológicos y su mutua conexión? Maritain cree que puede establecer como el más simple de los hechos «lo que ven mis ojos

abiertos ante el mundo y lo que mi entendimiento conoce»: que *hay cosas que existen*. El ser contiene esencia y existencia. Como hay ser en todas las cosas y sin embargo las cosas difieren unas de otras, se desprende que «el concepto de ser es trascendental y analógico». Mi entendimiento extrae la idea de ser de los objetos que aprehenden mis sentidos. Pero una vez que se forma la idea mi entendimiento comprende directamente (y no como algo establecido por la experiencia) el axioma de identidad (cada cosa es lo que es) y el axioma de contradicción (ser no es no ser), el principio de razón («Todo ser se funda en ser») y los principios de causalidad y de finalidad («El ser no sólo es, sino que actúa»). De la relación entre ser y actuar se sostiene que «el ser presupone el llegar a ser, y que no hay cambio sin un ser susceptible de cambio». De lo cual se sigue que «todo lo que se mueve es movido por otro». Hay estados del ser, caracterizados por cuatro proposiciones:

- I. Lo más no puede proceder de lo menos.
- II. La causa tiene más ser y perfección que lo que origina.
- III. Lo que no es por sí mismo (*per se, per suam essentiam*) presupone lo que es por sí mismo.
- IV. Todo lo que tiene ser o perfección por participación deriva su principio y su causa de lo que tiene dicha perfección en esencia (*per essentiam*).

Con esto Maritain nos lleva al umbral que conduce de la metafísica a la teología, del ser comprensible al ser incomprensible.

Nuestra crítica es la siguiente:

I. Maritain sostiene que el más simple de los hechos establecidos es que «hay cosas que existen», y que, por lo tanto, el ser debe contener esencia y existencia. Pero tiene que admitir que el establecimiento de este hecho depende de los ojos y del entendimiento. Por lo tanto, el primer hecho que hay que establecer directamente es una relación entre las cosas y ciertas facultades humanas de conocimiento; y solamente del análisis de cada una de las facultades de conocimiento (actividad corporal, los sentidos, el entendimiento y la razón) y de sus relaciones mutuas se infiere la *aserción* de la existencia del mundo como una verdad empíricamente fundada, aun cuando el *hecho* de su existencia (o de su ser) sea el supuesto de todos los análisis y relaciones.

II. Si, con Lenin (véase *Materialismo y empiriocriticismo*), adopto como punto de partida el acto de relacionar el ser (el

mundo, las cosas) y el pensamiento (las facultades particulares de conocimiento), aun no clarificado desde un punto de vista materialista o idealista, es, ante todo, porque es de suma importancia distinguir desde el comienzo mismo y con toda precisión lo que es de las cosas y lo que es del pensamiento. Solamente puede mostrarse entonces que las cosas *existen*, y no que *son*, es decir, que tienen una esencia junto con la existencia, pero separada de ésta. Las cosas tienen, en verdad, ciertas propiedades, pero en nuestra actividad corporal imaginamos estas cualidades de una manera y en nuestros sentidos de otra, y de otra diferente en nuestro pensamiento abstracto o razón. La unidad de las cosas y la unidad de la mente humana nos compelen a unificar estas diversas imágenes, pero el descubrimiento de esta unidad es, en principio, un proceso histórico interminable y no un simple hecho establecido.

No sólo el proceso de pensar está sujeto a la historia, sino aun las mismas cosas que son objeto de pensamiento. La llamada esencia fija en el concepto de ser no es una cosa persistente (que es) sino cambiante (que llega a ser). Y la relación de persistencia y cambio es concreta en el sentido de que la relación misma permanece sólo relativamente constante en el tiempo.

En el supuesto hecho «hay cosas que existen» está ya presente un factor que es el producto de un complicado proceso sintético de elaboración de facultades particulares de conocimiento, y es, por lo tanto, viciado. Pero si distinguimos suficientemente el hecho — que es posible establecer empíricamente sobre la base de todas las facultades de conocimiento — de que «las cosas existen fuera de la conciencia humana», de la afirmación — fundada sólo en algunas de estas facultades — de que «las cosas tienen una esencia persistente», la generalidad del concepto de ser se desvanece.

III. Con ello se desmoronan también todas las conclusiones que Santo Tomás deriva de su aserción inicial. Sobre todo, las siguientes:

1) Que el concepto de ser es trascendental y analógico. El hecho de existir es un hecho objetivo, y, en verdad se trata siempre de una y la misma existencia toda vez que consideramos la existencia concreta de las cosas. El concepto de existencia, como el concepto de propiedades, es empírico. La propiedad es un hecho objetivo. La esencia, en cambio, surge del hecho de omitir de las propiedades empíricas todo lo que es mudable, preservando lo que, *por el momento*, es decir,

durante un lapso histórico que nos es familiar, es constante. Difícilmente un concepto de esta clase puede ser trascendental en el sentido de que sea un puro concepto del entendimiento; en ningún caso puede serlo en el sentido de que posea una realidad objetiva cualquiera en algún estado de existencia que no sea el de la mente humana.

2) Que haya axiomas deducibles puramente *a priori*, por conocimiento intelectual, de tales aserciones sobre el ser. Los principios de identidad y de contradicción se usan para formar el concepto de «esencia»; por lo tanto, si se afirma que aquéllos pueden deducirse de éste, se incurre claramente en un círculo vicioso. Y si se construye un concepto metafísico del llegar a ser — lo cual se ha hecho exactamente con la misma razón, o sin razón — sobre la base de los cambios de las propiedades empíricamente establecidas, toda la lógica de la identidad se derrumba con él.

Exactamente lo mismo es válido para el supuesto principio de razón: «Todo ser se funda en ser.» No es más que hipostasiar las cosas que «existen» en cosas que «son».

En resumen, podemos decir que, procediendo de un mundo independiente de la conciencia el tomismo hace un juicio sintético; pero en vez de considerar los límites de su validez mediante un análisis cabal, afirma que ha «establecido» un hecho absolutamente válido. Es posible, mediante juicios analíticos, extraer del concepto sintéticamente adquirido («esencia») lo que se ha puesto en él; tales juicios analíticos, por cierto, serán válidos en la misma medida en que lo sea el juicio sintético. Pero esto es algo muy diferente de la aserción de que es posible derivar principios *a priori* del «hecho establecido» que, en realidad, no es más que un concepto hipostasiado. Vemos, pues, con toda claridad, cómo la mente humana no se atiene al mundo independiente en cuanto actúa sobre él, sino que arbitrariamente lo trasciende. Al hacerlo, la mente trasforma la relación dialéctica que hay entre existencia y conciencia en el proceso del conocimiento, en una relación dogmática fundada en un acto circunscrito de pensamiento que no agota suficientemente los hechos.

IV. El paso siguiente en la argumentación — la supuesta deducción del principio de causalidad — merece consideración especial porque es la piedra angular de la teología tomista cuya proposición fundamental dice: Dios es la causa primera y la meta final del mundo. También aquí veremos claramente cómo se ha realizado la «impostura clerical» del idealismo absoluto.

El tomismo se ve obligado primero a volver a la experiencia del mundo real y a establecer que: «Lo existente (es decir, la cosa concreta) no sólo es (es decir, no sólo persiste en su esencia) sino que actúa.» Aquí el problema sería determinar si la actividad en cada caso particular está ligada a la existencia, o a las propiedades, o a ambas, o a ninguna; si la actividad puede crear nueva existencia, o sólo cambios en las cosas existentes — en otras palabras, cuál es el alcance de la actividad. En lugar de esto, el tomismo se hace la pregunta enteramente abstracta, de cuál es la relación entre «ser» y «actividad». Mas siendo así que ser como tal y actividad como tal son sólo conceptos, no puede haber entre ellos más que una relación conceptual. El sujeto que se ha liberado de las cosas por un acto de abstracción puede determinar también con completa arbitrariedad si permitirá que el ser preceda al llegar a ser o que el llegar a ser preceda al ser, o si atribuirá a la actividad una importancia absoluta en el sentido de postular una existencia, o bien una importancia relativa en el sentido de provocar cambios en cosas existentes. La experiencia concreta proporciona a este pensamiento incompleto tantos (o tan pocos) argumentos en favor de la prioridad del llegar a ser como en favor de la prioridad del ser.

Lo fundamental del proceso no ofrece dudas. En vez de considerar que la mente humana está determinada por las cosas, se considera que las cosas están determinadas por la mente. La teoría materialista del conocimiento se convierte en una teoría realista en el sentido escolástico (o idealista), porque aun no se ha tocado el problema concreto. Impaciente ante el interminable proceso del pensamiento, el tomismo intenta resolver todos los problemas a la vez por el atajo, de un modo imaginario. Pero como ya se ha perdido el contenido particular en el acto de abstracción, se reemplaza el mundo concreto por algo imaginario, por el espíritu creador *a priori* (la mente), independiente del mundo.

He mostrado hasta aquí que la transición del mundo empírico a la ontología tomista no es necesaria en sí misma, que se ha introducido de contrabando una abstracción parcial e hipostasiada del entendimiento en una aserción de hecho que se supone empírica, a fin de deducir de ella seguidamente los principios de razón — los mismos, naturalmente, que habían sido asumidos a fin de hacer posible el paso de una teoría materialista del conocimiento a una teoría realista. Mostraré ahora qué valor tiene la transición de la ontología a la teología.

V. Después de atribuir *a priori* al ser la precedencia sobre el llegar a ser, se infiere que cada cosa que se mueve es movida por otra. Esta deducción es contraria a la experiencia. El movimiento puramente mecánico nos enseña que su resultado está determinado no sólo por los cuerpos impelentes, sino también por la interacción entre el cuerpo impelente y el cuerpo impelido. No es la «causa» sino la liberación del movimiento lo que proviene del otro objeto; no hay una secuencia unilateral de causa y efecto, sino una interacción.

La falsa interpretación de la interacción concreta proviene de suposiciones de mucha trascendencia. Se ha separado tácitamente la materia y la energía, y, por lo tanto, un todo cuyo movimiento es consecuencia de las relaciones internas de sus propias energías inmanentes, se convierte en cosas aisladas en reposo que son impelidas por una fuerza externa. Esta concepción no tiene adecuado fundamento en los hechos. Por el contrario, la ciencia moderna nos enseña que el reposo absoluto es una ilusión engendrada por el hecho de que interpretamos falsamente el reposo como relativo a un sistema de referencia, ya que no podemos observar directamente el movimiento de éste, y que energía e inercia (fuerza «viva» y materia) no pueden ser separadas en la realidad sino sólo en el pensamiento. El concepto *metafísico* de causa descansa, pues, sobre una concepción defectuosa de los hechos físicos y carece, por lo tanto, de toda base sólida. Pero con él se derrumba también la prueba de la existencia de Dios, que plantea la cuestión de la causa primera (Dios) precisamente porque asume la existencia de una causa externa.

VI. Pero todas estas abstracciones de una razón sin brújula son nada al lado de las que conducen a la caracterización de los cuatro estados del ser. Debemos averiguar ante todo si los que aparecen como estados del ser no son realmente estados de actividad. Se trataría entonces de trasponer al «ser» las gradaciones empíricas de la actividad, lo cual sería tanto menos permisible cuanto que ya se había atribuído al «ser» la precedencia sobre la actividad. Pero, cualquiera que sea su origen empírico, y cualesquiera que sean los errores en que se incurra en la trasposición de lo concreto a lo abstracto, basta considerar las cuatro proposiciones en sí mismas y en conexión con sus supuestos y con sus consecuencias para mostrar que son insostenibles.

Proposición I. «Lo más no puede derivar de lo menos», dice que la naturaleza no puede progresar o desarrollarse por sí

misma. Si se agrega la proposición II, «La causa tiene más ser y perfección que aquello de lo cual es origen», se desprende que, entregada a sí misma, la naturaleza sólo puede decaer. De este modo se asegura de antemano la eterna existencia de Dios, ya que el desarrollo del mundo es innegable.

Teológicamente las dos proposiciones significan que el hombre no podría haber creado a Dios y que Dios como creador del hombre debe tener más ser y perfección que el hombre, su creatura. Todo lo cual se desprende del principio deducido: «Todo lo que se mueve es movido por otro.» Pero es evidente que todas estas inferencias son posibles sólo en el caso de que Dios ya haya sido supuesto y si, sobre la base de esta suposición, se interpreta la interacción como una relación unilateral de una causa externa y un efecto; siendo así que, por el contrario, estas proposiciones son los supuestos usados para probar la existencia de Dios. Porque cuando se deja a un lado la ficción de Dios, la única consecuencia posible es la proposición científica de la conservación de la energía — ni más, ni menos Dios, en realidad, no Dios.

La «impostura clerical» llega a su punto más alto en las otras dos proposiciones. En la naturaleza — una vez dada su existencia — nada surge de sí mismo, sino de lo que se le parece, y de la relación de esto último con las circunstancias. Ello presupone, por lo tanto, una causa temporalmente anterior (como el niño en relación con sus padres); o, expresado escolásticamente, la existencia de una cosa no surge de su propia esencia. De lo cual se desprende que la existencia de las cosas se remonta en último término a algo que deriva su ser de su esencia, o, más precisamente, a algo cuyo ser y cuya esencia son idénticos. Pero, ¿cómo llegamos a esta idea? Nuestro conocimiento corporal y sensorial del mundo nos muestra cosas cambiantes, pero que persisten durante el cambio. Nos dan, por lo tanto, una justificación *relativa* para separar las propiedades de la existencia (la esencia del llegar a ser); pero no conocemos ninguna cosa que no posea a la vez propiedades y existencia y en la cual ciertas propiedades no estén pasando y otras surgiendo. La existencia está, por lo tanto, tan ligada a lo que llega a ser (a lo que pasa y surge) como a lo que persiste. Solamente cuando la persistencia es aislada e hipostasiada y se construye una «esencia» de la unidad concreta y dialéctica, se hace posible, como resultado de esa abstracción unilateral y metafísica, separar el ser y la esencia de las cosas de manera absoluta.

Esta distinción objetiva en las cosas, que trasciende la distinción meramente conceptual, no se desprende lógicamente, sin embargo, del mundo de la experiencia; y el recurrir a la determinación concreta de las cosas por las de su propia clase sirve solamente para oscurecer el método por el cual se obtiene el resultado. El propósito es evidente; imaginar una existencia en la cual coinciden el ser y la esencia, es decir, Dios. La humanidad compensa en fantasía su flaqueza natural y social, que es la raíz final de todo el proceso, y crea imaginativamente para sí la salvación que no puede crear todavía mediante su dominio de la realidad.

VII. La prueba del tomismo requiere, además, las siguientes proposiciones: No puede haber una cadena causal interminable; debe haber, por lo tanto, una causa primera. Y en esta causa el ser y la esencia coinciden necesariamente.

En la medida en que el hombre acepta la existencia del mundo como dada, su problema, en general, no es encontrar una cadena interminable de causas sino la causa *general* de un proceso interminable de conocimiento humano, una causa a la cual puedan referirse todos los cambios en las cosas existentes como a su común denominador. Sólo la ciencia podrá establecer gradualmente, por medio de la investigación concreta, si hay sólo *una* causa general. El problema de la causa primera carece por completo de sentido científico; su única base es la pregunta metafísica: ¿por qué hay algo antes que nada? Es necesario admitir que esta pregunta subsistirá cualesquiera que sean los descubrimientos de la ciencia acerca del origen y de la causa más general del mundo. Pero el hombre tendrá que comprender finalmente que aun Dios da sólo una respuesta verbal a esta pregunta, no una explicación, y que esa respuesta contiene tantas ficciones e ilusiones que difícilmente puede satisfacer nuestro anhelo de causalidad.

Aun cuando aceptáramos como justificada la pregunta: ¿por qué hay algo antes que nada?, la «causa primera» en la cual se supone que el ser y la esencia son idénticos existiría sólo como un *requisito* de la conciencia humana, es decir, como una idea subjetiva o como un principio heurístico. Nada justifica que hagamos de este requisito una realidad superior a la conciencia y trascendente al mundo concreto. Aquí se ha hipostasiado con toda claridad un postulado de la razón; después de desligar la mente humana de las cosas, se desligan de la mente misma sus requisitos y conceptos y se les convierte en entidades absolutas y trascendentes. Pasamos a un mundo

del ser que está ligado al mundo de las cosas existentes sólo por medio de una analogía arbitrariamente determinada.

VIII. Que, a pesar de la máxima escolástica según la cual lo más no puede provenir de lo menos, Dios es creación del hombre históricamente determinado, y no el hombre creación de Dios, es algo que aparece aun más claramente cuando consideramos la naturaleza en vez de la existencia de este Dios. Tomás de Aquino dice primero que el hombre no puede conocer lo que Dios es. De lo cual se sigue que el hombre puede conocer solamente lo que Dios no es y luego, como conclusión, que Dios es todo perfección en medida eminente y posee en unidad lo que en el hombre está apenas bosquejado y dividido en muchas propiedades. Por este argumento, sin embargo, el hombre aparece como el verdadero punto de partida y fuente de la creación. Si en todo esto hay algún problema, es el siguiente: cómo puede el hombre imaginar de su imperfección y relatividad una esencia perfecta y absoluta? Pero no se necesita una metafísica especulativa para resolverlo; su solución se desprende del carácter materialista, histórico y dialéctico de la experiencia humana.

Hemos visto que la prueba tomista es insostenible porque en los dos puntos cruciales, al pasar del mundo empírico a la ontología y al pasar de la ontología a la teología, ya presupone las consecuencias de su propia prueba y descansa, por lo tanto, en un círculo vicioso. Esto fué ingenuamente aceptado por uno de los más grandes pensadores porque la existencia de Dios correspondía a los intereses vivos de su época, que ni siquiera los más grandes genios podrían ignorar. Y debido a que esos intereses han cambiado vemos ahora no sólo la circularidad de la lógica, sino también el hecho adicional de que la hipótesis de Dios prueba demasiado y demasiado poco, y es, por lo tanto, enteramente inservible. Prueba demasiado porque con ella cada dificultad puede ser explicada verbalmente, ya que nos crea un mundo mágico en el cual se eliminan todos nuestros defectos y barreras. Pero prueba demasiado poco porque, en realidad, lo deja todo donde estaba, y tiene que introducir, por consiguiente, en todos los casos en los cuales la vacía apariencia de prueba se hace peligrosa en la práctica, *causae secundae* fuera de la *causa prima* de Dios a fin de eludir las contradicciones entre la noción de una esencia completamente perfecta y los hechos de la experiencia (tales como la miseria y el pecado). Esta es puramente una hipótesis auxiliar, y revela no sólo el carácter ficticio de la hipótesis de Dios, sino que, al mismo tiempo, el poder real del hombre dentro del mundo.

## A buen Sarmiento, mala podadera

La casita de paredes de tierra apisonada se va quedando con sus cimientos de gruesas piedras de río al desnudo, a medida que el camino se desgasta con la polvareda que levantan las recuas y los rebaños. Bajo el alero desdentado de tejas asoma una negruzca techumbre de canelo. La puerta de calle es la única abertura de la fachada, y como se corresponde exactamente con la puerta interior que da al patio, ambas forman de esta manera las dos bocas de un túnel luminoso que atraviesa la habitación de parte a parte, dejando en la penumbra el espacio del fondo. Vislúmbrase con trabajo allá adentro una hilera de bancos rústicos asentados sobre trozos de adobe o plantados en el suelo. A contraluz entre las puertas, una mesa de tablones labrados, con una campanilla y un tintero encima.

Es la escuela pública de Pocuro, en el año de gracia de 1832. La vivienda que la cobija fué edificada como tantas casas chilenas de la época, ciñéndose a las circunstancias que debieron ser estrechas y con miras a ensanchar las dependencias, respetando los desniveles del suelo, a medida del crecimiento de la familia y de los recursos. Pero esta familia o sus medios no aumentaron, y así se quedó ella reducida a un cuarto angosto y oscuro, que el crepúsculo ensombrece todavía más en este atardecer de otoño.

El preceptor aparenta ser un hombre de edad incierta, aun cuando haya quien asegure que es un mozo de apenas veinte años cumplidos, emigrado de «la otra banda» con su padre — un señor Sarmiento, por más señas —. Su cuerpo es ancho y pesado en sus movimientos; la fisonomía grave, casi adusta, y la piel algo floja le avejentan algo más. La quijada robusta tira ligeramente hacia abajo el labio inferior. El hombre tiene fama de genio vivo y de palabra pronta, y cuando habla, la convicción que pone en su acento da a lo que dice un sabor mixto de energía juvenil y de madurez de pensamiento.

El subdelegado de Rinconada, don Joaquín del Villar, encontró el otro día al mocito Sarmiento en Los Andes, cuando éste se hallaba sin saber para dónde tomar, pues acababa de pelearse con el gobernador de la Fuente, el que, como buen richacho criollo, no iba a dejarse aleccionar en sus prerrogativas por un mero «maestrillo escolar».

— ¡A que no se imagina, compadre Villar — le había dicho el gobernador a don Joaquín —, con la que me salió este señor Sarmiento, el preceptor que teníamos en la escuela del pueblo, nada más que porque me permití criticar su manera de enseñar la Cartilla? Yo vengo y le llamo la atención a la falta que suponía estar haciendo cantar en coro la lección, en vez de darla a aprender de memoria, como es de regla, cuando el hombrecito se me encaracha y me grita, como para hacerse oír de un sordo:

— ¡No se meta en estas cosas, señor! ¡Vaya a dirigir a sus peones, y déjeme a mí, que entiendo más de letras que usted!

¿Creerá que yo también casi me quedo de una pieza y con la boca abierta, como los muchachos? Pero saqué el habla a tiempo, y me «lo levanté al techo» diciéndole que no era cuestión de letras más o menos, sino de que los buenos trece patacones y dos reales que se le pagaban al mes estuvieran bien ganados, y no con canturreos y dejando que los niños se corrigieran unos a otros.

— Con esa plata, amigo, bien podríamos traer de Santiago hasta uno que supiera latín — le advertí.

— ¡Al diablo con sus latines! — me volvió a gritar Sarmiento—. La jerigonza de los pedantes. Hasta cuándo no se vencerán de que lo que hay que saber en estos tiempos son las lenguas vivas en que se anuncia el progreso: francés e inglés, por lo menos, que así se comunican los últimos hallazgos de la ciencia y de las artes.

— Así será — le repliqué yo —; pero nada de canturreo y jarana en adelante, si no quiere perder el puesto. Y mucho respeto, porque soy el gobernador y no un aparecido cualquiera.

A esto el hombre se me vuelve un «quirquincho», y mirándome con unos ojos chispeantes como brasa de espino, salta con una voz que me hacía tilín en los oídos:

— ¡Aparecido! ¡No me venga usted con zonceras! Cuando los hombres valen es por su ilustración y por su carácter, y en

cuanto a mí, sépase mi señor De la Fuente, que un día llegará en que para mentar mi nombre ha de sacarse usted el sombrero!

Y golpeando en el hombro a su compadre, el finchado gobernador ríe de buena gana: — ¡Ja, ja, ja! ¿No le parece hasta divertido el caso, compadre Joaco? ¡Ja, ja, ja! Pues bien, si él es Sarmiento, conmigo va a toparse en la podadera.

Pero a don Joaquín Villar el incidente le pareció más bien digno de nota, y despidiéndose del gobernador se fué a buscar al joven Sarmiento al rancho de la esquina de la plaza donde estaba la escuela de Los Andes. Iba pensando que el «cuyano ése» podría muy bien servirle para que Segundo, su primogénito, «hijo del amor», como él decía, fuese aprendiendo a leer y a llevarle las cuentas, en vez de tirar el Catón al suelo para salir detrás de las muchachas que aparecían por la trilla en sus hijuelas de Casuto.

El argentino lo recibió con grave cortesía, disimulando la nerviosidad y las preocupaciones del momento bajo una máscara ceremoniosa. Dos surcos de hondas arrugas le bajaban ya por las mejillas hasta las comisuras de los labios, dándole a su fisonomía un aire de amarga concentración. Pero la alta frente y el mentón robusto disipaban pronto ese pasajero desaliento con la irradiación de una energía mental y una voluntad superiores.

Villar era hombre inteligente y de cierto mundo. Sus viajes de temporada con tropillas de carga propias hasta «El Puerto» le habían puesto en contacto con gente muy diversa a la población del valle. Intuitivamente comprendió que se hallaba en presencia de «alguien». Sarmiento vestía con pulcritud, llevando, no la chaqueta corta del rústico, sino la casaca de la ciudad, la levita del caballero. Gastada como estaba esa prenda, veíase que se aferraba a ella con el orgullo pertinaz de la pobreza decente.

— ¿En qué puedo servirle, señor? — dijo adelantándose el argentino.

— Acabo de saber que deja usted la escuela — ensayó Villar —, y pasaba a proponerle que se venga a hacer penitencia conmigo, allá en Pocuro, donde no le faltará en qué ganarse la vida, y hasta pueda dar algunas clases, si gusta. Sé que está usted con su padre, y pueden irse a vivir juntos en una posesión mía — terminó afablemente el chileno.

Sarmiento estuvo por decirle que nó. ¿Qué le metía a este señor mezclarse en vidas ajenas y presentársele por protector, sin decirle siquiera su nombre? Pero la consideración que demostraba al tomar en cuenta a su padre, y sobre todo la esperanza de poner una escuelita a su idea, sin intervención de mandones rutinarios, lo ablandó al fin:

— Le aprecio, señor, su buena voluntad — dijo — ; ¿y podría saber con quién tengo el gusto de hablar?

— ¡Hombre, perdone! Ha de saber que los chilenos somos un poco así, quedados de palabra; pero la intención es buena, se lo aseguro — terminó riendo Villar. Su cara redonda y coloradota, su barbilla regordeta y sus ojuelos risueños indicaban una naturaleza sana y afable —. Mi nombre es Joaquín Villar, para servirle, y soy subdelegado de Rinconada. También tengo unas cuadritas de tierra por ahí al lado, en Pocuro. Véngase conmigo, que no lo pasará mal; y verá que no todos los chilenos son unos Zañartus — añadió riendo de nuevo, con risa intencionada.

Esas tierrecitas pasaban de doscientas buenas cuadras de riego, lomajes con viñas, y monte hasta la vega del río. Tierras y cosechas que se iba comiendo alegremente con sus amistades: un bocado de unas cuantas cuadras este año; un piño de ganado en tiempos de sequía. Estuviesen buenas o malas las cosechas, sus trillas y rodeos eran renombrados, y jamás celebraba el día de su santo con menos de dos docenas de convidados y una semana de jolgorio. Para acomodar a sus amistades había derribado tabiques hasta dar a su comedor catorce varas de largo. Su pobre mujer, siempre metida en la iglesia pidiendo a todos los santos que la aliviaran de sus achaques y enmendaran a su marido, no le había dado hijos; pero en dos leguas en contorno los ojos azules reidores del «zarco» Villar lucían engarzados en la carita morenucha de más de algún retoño del inquilinaje.

## I V

El joven Sarmiento se dejó ganar por la jovialidad contagiosa de Villar, y se fueron a platicar un rato a la plaza. Una cabra que seguramente hacía de nodriza en la vecindad, ramoneaba la hierba del paseo amarrada de una pata al escaño en que se sentaron los nuevos amigos. Por entre el ramaje de los aromos se alcanzaba a divisar un retazo de cordillera; el tremendo murallón de roca viva salpicado de manchas de nie-

ve en los picachos, que Sarmiento conocía tan bien por la falda oriental. La vista del macizo andino le recordó una temporada que pasara años antes en las sierras de San Luis, y le dijo a Villar:

— Creo que he nacido para maestro de escuela, por «fregada» que sea la profesión, como dicen ustedes. Aquí donde usted me ve, siendo un pergenio de este porte, me puse una vez a enseñarles a leer a unos muchachos mucho más crecidos que yo, en unos minerales de las sierras de San Luis, y en menos de tres meses me había salido con la mía. Realmente, me tira el silabario, como a muchos de mis paisanos les tira la afición al lazo o las boleadoras.

Y se queda un rato callado, mientras su pensamiento vuela más allá de la montaña, hacia donde su madre ha de estar pensando por ellos; mientras Quiroga y «El Chacho» van degollando cristianos por esas travesías. . .

— Sé que ha tenido sus palabras con el gobernador — le dice Villar, por tantearle el genio—. El viejo es tieso como el diablo, pero no es mala persona.

— Sí es así, se ha encontrado al fin con la horma de su zapato — le responde Sarmiento.

— ¿Se estima también usted en mucho, amigo?

— En poco cuando me critico; en algo cuando me comparo — corta prontamente el argentino.

— Quedamos en que mandaré a buscarlo mañana — dice levantándose Villar. Y montando a caballo allí mismo, se despide —: Ahora, para el estribo, convídeme con otro cigarro de ese tabaco tarijeño que me dió a probar. Es de primera. Ni los contrabandistas lo traen igual; a qué hablar de lo que nos obliga a pitar ese señor Portales con su maldito estanco!

Y Sarmiento, sonriendo todavía enfurruñado, le tuerce él mismo un cigarrillo, golpea el eslabón y se lo pasa encendido, mientras el otro, encorvado el cuerpo y de través en la montura, le sonríe jovialmente, tendiéndole la mano abierta en prenda de leal amistad.

## V

En la penumbra lechosa del cuartito de la escuela de Pocuro, el preceptor corrige las planas de sus alumnos. Hace apenas una semana que están abiertas las clases, y ya se han presentado más estudiantes que los que la sala puede albergar. En su mayoría son mozos ya barbados, en quienes el deseo de

aprender «su mano derecha» se sobrepone a la vergüenza de dejarse aleccionar por uno más joven que ellos.

Sarmiento desearía extender los beneficios de la enseñanza, tomar una casa más grande, incluir a algunas jovencitas en sus clases. Pero su entusiasmo se hace sospechoso al vecindario. La mujer, de la iglesia a sus quehaceres derecho, y basta. Con saber bordar, y un poco de cocina, ¿para qué quiere más una buena dueña de casa? ¡Este don Faustino parece no estar contento con poner ambiciosos a estos rústicos, sino que ha de venir a revolver el gallinero con sus cuentos de niñas decentes que allá en su pueblo de San Juan aprenden a tocar el clavicordio por música y hasta pintar a la acuarela!

— El hombre no puede ser muy trigo limpio, digo yo, comadre, con eso de pasarse leyendo y escribiendo todo el tiempo. Si hasta cuando sale a caminar lleva los ojos puestos en algún papel — le sopla una vecina a otra.

— Lo mismo pienso yo, hijita. Figúrese que a mi marido se le ocurre regalarle un libraco en inglés que se le quedó el año pasado a un viajante extranjero, y al otro día se aparece mi buen Sarmiento con el libro todo garabateado y más ufano que un millonario, diciendo que la misma noche se había puesto a estudiar la lengua, y ya sabía varios verbos de corrido. ¿No le parece que eso de entender inglés puede encaminar a la herejía y al infierno derecho?

— Sin embargo, ya ve cómo el señor párroco de Curimón le ha tomado afición al preceptor y se viene a visitarlo nada más que por oírle discursar que es un contento. Y pasando a otra cosa, comadre — dice la otra bajando la voz —, ¿ha reparado que su vecino no le despega los ojos a su Chepita?

Era verdad que Sarmiento comenzaba demostrarle apego a la joven, por su aire frescachón y saludable, por la mirada esquiva de sus ojos garzos y su piel trigueña, de un moreno de trigo candeal. Su gruesa mata de pelo castaño se partía en dos trenzas sobre la nuca, y en días de fiesta se veía linda con su basquiña encarrujada y los tonos campestres de su corpiño de madapolán. Pero la razón por que le gustara la muchacha consistía principalmente en que vivían pared por medio y ambos bordeaban los veinte años.

## V I

Mientras don Clemente, su padre, al que llamaban *Madre Patria* los emigrados, se ocupaba en trenzar «tientos» y tejer

canastos de mimbre a fin de allegar algunos recursos, don Domingo Faustino repartía su atención entre la escuela y un expendio de vinos y aguardientes que le había confiado Villar. Junto a las cuarterolas de mosto del año y a los odres de aguardiente «chivato», todavía le quedaba tiempo para repasar su gramática inglesa y leer hasta los avisos de un periódico del tamaño de un pañuelo de narices que comenzaba a aparecer en Valparaíso con el nombre de *El Mercurio*.

En Pocuro se había hecho de algunos amigos; pero sus mejores ratos los pasaba siempre en la escuela, enseñando o estudiando, aprendiendo en todo caso. Estos chilenos se mostraban hospitalarios y serviciales; pero aquí en el campo no interesaban las cuestiones de política o de cultura que a él le apasionaban. Lo que preocupaba a sus vecinos era más bien si llovería bastante este año, y si no se secaría demasiado el río el verano venidero, para no tener que andar abriéndose la cabeza unos a otros con la pala de riego en las bocatomas. Y pobres o ricos, todos no hacen más que delirar con las minas, picados, alcances, reventones y barras. Acá en los cordones de la Cuesta, basta tender la mirada desde el corredor de la escuela para divisar los boquerones de tanto y tanto pique de minero de afición que fué a enterrar en él su plata, en vez de sacarla en colpas como esperaba. Se diría que estos chilenos — piensa Sarmiento mientras afila cuidadosamente su pluma — de lo muy angosto que encuentran su suelo, han resuelto explorarlo en profundidad para sacarle todo su beneficio...

## V I I

Comienza a ponerse el sol detrás de la cordillera de la costa, y se van encendiendo allá al frente los hielos eternos que se agarran a los despeñaderos del Morro de los Leones. El hondo valle de Aconcagua, renegrido de álamos y maitenes, cubierto de monte espeso de espinos y algarrobos hasta la cumbre de los cerros, queda anegado en las primeras sombras de la noche, cuando todavía el sol poniente tiñe de oro y cobre los frontones filudos de los Andes. La misma cuesta de Chacabuco, donde pegan de soslayo las últimas claridades del día, viene a cobrar relieve de claroscuro. Detrás del ancho boquete queda el Potrero de la Victoria, donde cargaron los granaderos de San Martín, y por donde pasó O'Higgins al galope tendido frente a los escuadrones de sus huasos veteranos, arrojando a los batallones godos...

— San Martín, San Martín — medita el joven Sarmiento —. ¡Cómo me gustaría llegar un día hasta el retiro donde está el general, estrechar su mano y oír su voz! No hay grandeza más alta que la del héroe. El mundo, la fama, la gloria de la posteridad pertenecen al hombre de acción. El talento es un don magnífico; pero la mera elocuencia o el brillo sin la dignidad y el carácter, son peor que nada. Un baladrón sin firmeza moral, ni aún ese pico de oro de Chateaubriand, jamás pudo oscurecer la gloria de un Napoleón. Peor todavía en esta América, desgarrada por la tiranía y el oscurantismo, donde el grande hombre no tiene cabida, porque falta el pueblo civilizado que sirva de sostén a su espíritu. Ahí tenemos, si no, a los libertadores de América, unos en el destierro, otros ya muertos en el abandono, porque la ignorancia y la envidia pesan sus faltas sin darles por contrapeso sus méritos.

El joven maestro levanta la cabeza, se desprende de la espesa oscuridad del cuarto y sale con paso nervioso al corredor. Anochece. De la penumbra tibia del patio le llegan los vahos fragantes de una mata de jazmín del país que él encontró tirada por el suelo, y que con instinto de educador puso de nuevo en pie, prendida a un firme rodrigón de sauce. Su cavilación prosigue mientras tanto:

— No, lo primero es instruir a los pueblos; domar sus instintos egoístas, enseñándoles a pensar en el bien común. Un maestro de escuela podrá ser menos que un escritor — ¡y cómo querría yo llegar a ser un escritor! — pero ser maestro es estar como el cura en la pila bautismal de cada generación. El escritor ha de ser al fin de cuentas el hijo y el heredero del maestro de escuela, y su pluma labrará sobre el terreno que le haya preparado éste.

Siente que le sube al pecho un hambre devoradora, pero de aprender, de combatir, de lanzarse al mundo. Pronto vendrá Chepita con las ollas de greda de la cena, y se quedará un rato a hacerle hablar de la vida en las pampas, donde la mirada no tropieza en cosa alguna, donde el cielo baja hasta la tierra y el sol brota al ras del suelo mismo como un horno de vidrio fundido... (Para decirlo todo, había que confesar que él jamás alcanzó hasta la pampa misma; pero la siente ya y hasta se complace en describirla con la imaginación.) Más tarde llegará su padre, siempre callado, con esa timidez del hombre rústico ante la madurez mental del hijo sabio... Ambición, vanidad, anhelos patrióticos, ansias de desquite, un tumulto de pasiones humanas, unas malas, otras buenas, se re-

vuelven en la caldera de su temperamento vehemente. Enciende el candil y vuelve al corredor. La quietud nocturna, el silencio campestre, abren ancha puerta a los recuerdos y los devaneos de la fantasía.

Y este hombre que duerme en cama prestada, que por toda fortuna tiene apenas lo «encapillado», junto con unos cuantos libros y papeles viejos, vuelve a enhebrar sus planes en la tarea afanosa y a tientas de madurar el porvenir:

— Verdad que mis modales se resienten de falta de roce social — piensa a media voz —. Es cierto que a menudo procedo atropelladamente, que mi ciencia es poca, y que a veces falto por ignorancia o por sistema a las reglas del buen decir. Pero yo sé que tengo adentro algo que a muchos les falta. En primer lugar, he de seguir enseñando siempre, porque es como mejor puedo aprender yo mismo. Lo de mis medios no tiene por qué preocuparme, ni el que cualquier cacique analfabeto pretenda mirarme en menos, por más que si quisiera buscar por mi línea materna de los Albarracín, podría invocar por lo menos a algún rey morisco de España. Pero, ¿a qué preocuparme de esas añejeces? ¿De dónde descienden los hombres de hoy? De la masa de la humanidad. ¿A dónde se encontrarán sus hijos más tarde? En el ancho seno del pueblo.

Al levantar la vista ve que le mira el ojo rutilante de Sirio que asoma entre dos picachos. El sabe que esa estrella azulenta no es el lucero; y el conocimiento de su nombre le hace en cierto modo dueño de los espacios, le confirma en esa confianza en sí mismo que siente adentro con la fijeza de una estrella polar. Esa ciencia superficial del cielo que ha adquirido en algún texto de física, no sabe dónde, parece aproximarle al infinito, infundiéndole una ingenua confianza en sus fuerzas, como al servidor que comparte un secreto con su amo. Sí, la ciencia es una fuerza, una reserva intelectual de poder, y uno debe hacerse tan fuerte como sea capaz, a condición de que ese egoísmo inicial lo habilite para servir mejor a los demás.

## V I I I

Un ruido persistente que viene de adentro del cuarto se impone al fin a la atención del preceptor. Es un rasguñar sordo, ahora más preciso en el silencio, como si un niño se entretuviese raspando con un trozo de vidrio contra un pedazo de madera.

Sarmiento se vuelve a hurgar en el interior y vislumbra a la llama del candil dos puntitos negros y lustrosos que le miran desde abajo de la cama. Es sin duda un ratón que afila sus colmillos en una de las cajas de ultramarinos vacías que sirven de soporte a su camastro. El hombre que soñaba grandes sueños de saber y poderío y el animalejo que se afanaba en su rincón, se miran por un instante, estudiándose, calculando el punto de rozamiento de sus relaciones recíprocas, pero se diría que con un vago parentesco de simpatía en la pobreza común.

— Ah, mi buen Ratón Pérez — murmura el hombre con tolerante buen humor —. Mucho te equivocas si andas buscando un bocado por ahí. Te has encontrado con alguien más pobre que tú, y te advierto que vas a perder tu tiempo y a malgastar tu dentadura. Será mejor que vayas a buscar por otro lado, y si yo estuviese en tu lugar, me mudaba hoy mismo donde lo del cura: a él no le faltan, te lo garanto, las más ricas golosinas con que le obsequian las beatas de la parroquia...

Pero, de pronto, un sobresalto cambia el tono jugueteo del hombre en un ronco grito de sorpresa. Descolorido al resplandor entrecortado del candil, desencajados los ojos, agarra lo primero que pilla a mano, y abalanzándose de cabeza debajo de la cama, lo derriba todo, frenético, presa de los más sanguinarios instintos, mientras las palabras borbotan entre los dientes apretados por la indignación:

— ¡Ah, ya sé lo que buscabas, grandísimo bribón, miserable, bandido de la ralea de Facundo! Querías comerte lo más precioso que poseo, mi Gramática Inglesa y mis apuntes de viaje! Pero te mataré, te mataré, enemigo de la humanidad y de la civilización!

## La poesía del hombre nuevo

Hace pocos años, el primer escritor de la Francia contemporánea, André Gide, dijo esto: «El fin de la cultura es la emancipación del espíritu.»

Ahora bien, como todos los grandes pensamientos o inventos, este no pertenece a un hombre; flotaba ya en el ambiente de nuestra época y pertenece a ella. No pocos hombres, en efecto, antes o al mismo tiempo que Gide, habían trabajado arduamente en el camino de demostrar que la graduación o densidad cultural de una sociedad cualquiera estaba en razón directa del grado en que hubiera sabido desamarrarse de las ligaduras que han oprimido a toda sociedad histórica hasta hoy. O dicho, mirando desde el ángulo opuesto: opresión significa estagnación o regresión, es decir, barbarie.

Pero aquí se impone otra aclaración previa indispensable y se refiere a un tema fundamental. En efecto, después de Nietzsche, no es posible cerrar los ojos a la concepción griega y a la concepción romana de la cultura como polarmente auténticas. Ya no puede hablarse de lo greco-romano, pues en lo esencial Roma se ofrece como la antípoda de Grecia: en el culto obcecado de los más rechonchos placeres — en la crueldad llevada al punto de convertir el sacrificio mutuo de dos hombres o el de un hombre por un león hambriento en un placer de sobremesa; — en el espíritu de servidumbre llevado al extremo de divinizar al Estado o al hombre que lo encarna; — en el prurito insaciable de dominación y explotación; — en la incapacidad creadora que convirtió a los hijos de Roma en meros imitadores del arte y del pensamiento griegos, pues no ignoramos que Virgilio es solo un epígono de Homero y Teócrito, que Lucrecio ha versificado las intuiciones de Epicuro y que Marco Aurelio y Séneca repiten a Epicteto.

El sentido cultural romano (que los pueblos modernos han heredado en gran parte) es preferentemente ornamental y cortical y su intención es carcelaria, esto es, de oposición y reducción de la Naturaleza, no de encauzamiento y supe-

ración. El alma helénica significa el envés de ese revés. «Así, dice Nietzsche, se revelará la concepción griega de la cultura en oposición a la cultura romana, la concepción de la cultura como una naturaleza mejorada, sin exterior ni interior, sin simulación ni convención, como una armonía entre la vida y el pensamiento, la apariencia y la voluntad.»

Ahora bien, es en virtud de ese genial sentido de las cosas como los griegos han podido crear una cultura tan luminosa y viviente, que la ciencia de Darwin y la filosofía de Hegel han ido a tomar a Heráclito su idea del devenir, tan opuesta a todas las concepciones religiosas, que aun hoy los escritores pidan muchos de los secretos de su oficio al escritor Homero, como sin duda los moralistas descubrirán mañana en Epicuro gran parte de la moral del porvenir.

Otra cosa. Esa maravillosa actitud griega de pactar con la Naturaleza en vez de imponerle cadenas, confiere a toda la vida helénica un sentido libertario que la define inconfundiblemente. Pese a todas sus limitaciones, los griegos han sido los hombres más libres del mundo — y sólo por haber significado algo como la recuperación del sentido helénico de la existencia, el Renacimiento, quince siglos después, se presenta como una aurora humana sobre el tenebroso perfil del Medioevo. (El autor de la *Plegaria en el Acrópolis* tiene razón: junto a aquella especie de concesionarios de toda verdad y de toda belleza, los demás pueblos, anteriores o posteriores a ellos, resultan pomposamente bárbaros.)

Bien, recordemos ahora que la expresión política de ese milagro griego se llama democracia. La palabra democracia va unida a la palabra Atenas en maridaje inmortal. Sólo que hasta hoy no parece haberse visto con claridad meridiana, como es preciso verlo, *que justamente en gracia de haber sido la democracia ateniense tan completa como no se ha vuelto a ver, pudo crear la más prócer de las culturas.*

Pero he aquí que no sólo políticamente, sino también culturalmente, fué ella la mayor realización de la libertad conocida hasta hoy. Sólo gracias a que la libertad fué su *daimon* familiar la Hélade pudo elevar esa luz que aún sigue alumbrando y nutriendo el mundo. El alcance más concreto de ese mismo acontecer es éste: ningún pueblo — hasta entonces y hasta hoy — logró como el griego eso que aun constituye el desideratum de la historia: *la plena expresión del hombre, la augusta autonomía del individuo humano.* En efecto, los otros pueblos parecen haber criado sólo súbditos,

digo servidores de los dioses, los reyes o el Estado. Atenas fué la primera que se atrevió a pensar en el ciudadano, mejor, en el hombre, como una meta en sí mismo. Atenas y toda la constelación de ciudades-estados que se le parecieron.

Los hombres que en la hora decisiva de la historia griega toman la dirección espiritual, no son como en los otros pueblos magos o sacerdotes o reyes, que hablen en nombre de Dios, del trono o de la santidad de la tradición, sino individuos particulares, simples vecinos sin autoridad oficial alguna, que, por cuenta propia, dando la espalda a todos los credos y dogmas consagrados, en un glorioso alarde de inteligencia e independencia, ambicionan proyectar la mayor luz posible sobre el enigma del mundo y del destino humano. Esos hombres novísimos no fueron «devotos de Dios» sino «devotos del conocimiento» (*filo-sophos*), del conocimiento del hombre. Y porque fueron filósofos prefirieron la democracia a la aristocracia o la monarquía.

Sólo que hay un detalle inolvidable: casi los dos tercios de los habitantes del Atica eran esclavos. Y si tan profunda mengua autoriza a decir que Atenas era y no era una democracia, justo es agregar esto: cuál no será la virtud de una democracia auténtica, si con su práctica minoritaria Atenas hizo del ateniense el mejor ensayo de hombre libre.

Y tampoco está demás advertir que en lo político la democracia helénica se define por la atomización del poder público, por el hecho de que Grecia no estuvo representada nunca por un omnipotente Estado único, sino por un semillero de republiquetas.

— *Qué rey o qué caudillo los gobierna? ¿Quién como dueño en sus soldados manda?* — preguntan los persas por sus misteriosos adversarios en la tragedia de Esquilo. Y la respuesta es la más orgullosa que pueda permitirse un hombre, es decir, un hombre libre como el griego: *No son esclavos ni su frente se sintió humillada jamás ante hombre alguno.* Bien, si en *Los Persas* Esquilo opone la libertad del griego al servilismo espantoso de las teocracias y menocracias asiáticas, en el *Prometeo* exalta esa misma libertad frente a la tiranía de los dioses, frente a los policíacos fantasmas engendrados por el propio miedo del hombre.

Pero advierto que estoy demorando en sacar la conclusión que se desprende sola de estos apresurados antecedentes: *sólo por haber practicado la libertad en escala a que no llegó ningún pueblo, Atenas pudo lograr sinfónicamente todas las exce-*

*lencias del cuerpo y del espíritu y dictar así el cánón de la armonía humana. Y lo repetiré aun a riesgo de aburrir: sólo por haber sido los griegos los más libres de los hombres, son aun los maestros inevitables del pensamiento y del arte.*

Y he aquí que estoy al fin a donde quería llegar: al tema de la relación entre la libertad y el arte — especialmente el arte del poeta — y a las posibilidades de la actual sociedad de engendrar un arte nuevo, una poesía nueva. Es indudable que toda cultura es una unidad orgánica, un conjunto dentro del cual cada parte u órgano obra en función del todo. Por tanto el arte sólo puede considerarse y entenderse en referencia al resto de las actividades humanas. O dicho de otro modo: el arte no es un deporte ni un ornamento, ni una manifestación de lo absoluto sino un ingrediente capital en esa síntesis que es la cultura humana. Ya me referí alguna vez a lo que intuyó el autor del glorioso libro cuyo centenario nos honramos los argentinos en celebrar estos días: «Pero el arte — dijo Sarmiento, molesto ante la mojigatería puritana de los yanquis — es la realización del hombre, es todo el hombre.»

Todo arte verdadero sale del hombre y vuelve a él; todo arte es social, porque el hombre lo es esencialmente, pues de acuerdo a la biología y la sociología más modernas, el individuo puro sólo existe como abstracción: en la realidad viva el individuo humano sólo puede concebirse en conexión orgánica con su medio cósmico y su medio social: *digo que el alma del más solitario y turriebúrneo de los poetas tiene sus raíces en el limo de la tierra y en el afán sudoroso o sangriento de los hombres.* El artista es, pues, un órgano de expresión de la sociedad en que vive, o no es nada.

Ahora bien, el pensamiento delantero de todos los tiempos ha evidenciado, con mayor o menor claridad y vehemencia, el cimiento de esencial injusticia en que se levantan todas las sociedades históricas. Desde los grandes profetas de Israel, y Jesús y los primeros padres de la iglesia hasta Münzer y Moro, — desde Pedro Valdés y Amalrico a Voltaire, Diderot, Marx, Kropotkin, Ibsen, — desde el católico Dante y el escéptico Shakespeare al ateo Shelley, — los mejores artistas de todo tiempo y lugar han denunciado ese fondo de injusticia, explotación, superstición, crueldad, servidumbre y fraude en que se mueve la sociedad humana. Y ciertamente — a propósito de mi tema — talvez la mancha más fea de la historia es ese casi inevitable reconocimiento póstumo de toda excel-

situd, — esto es, el hecho de que para sus hijos mejores (los que la obligan a ser no un satisfecho estancamiento o una triste regresión sino una superación de sí misma) la sociedad no tenga sino olvido o desprecio, cuando no exilio o cárcel. Apenas traeré dos o tres ejemplos para ilustrar mi tesis, y ello sin siquiera acudir a la lúgubre época que culminó con la prisión de Galileo. No. En la Holanda del siglo xvii, el país más libre de Europa en sus días, un hombre que, por consenso de los más grandes, es el mayor plasmador de la conciencia moderna y cuyo pensamiento es la más alta hazaña de Occidente, vió perseguidas sus ideas en su persona, con tal brío y al unísono, por judíos y cristianos, que antes o después, jamás criatura alguna, ni aún en el desierto, se vió rodeado como Benedicto Espinoza de la más formidable soledad. En la muy liberal Inglaterra del siglo pasado, un estudiante fué expulsado de Oxford a raíz de su primer libro, repudiado por su padre, puesto más tarde fuera de las leyes por un magistrado del reino al extremo de privársele de esos derechos que todo padre tiene sobre sus hijos: era el poeta Shelley, uno de los mayores líricos de cualquier tiempo. En Norte América, tierra prometida de la libertad, aparece a mediados del siglo anterior un libro que Emerson declara «el más extraordinario trozo de espíritu y de sabiduría que América haya producido hasta ahora» y como si esa hubiera sido su condena, el gobierno, la sociedad y la prensa de su patria caen sobre su autor como sobre un animal venenoso. Ese fué el destino de Walt Whitman.

Digo, pues, que el artista — y comienzo a referirme singularmente al escritor — no sólo no debe ser ajeno a la atmósfera humana que lo rodea, sino que debe *nutrirse de ella, si quiere purificarla para elevar su propio espíritu.* Y no se trata de que el artista se convierta en inquisidor y justiciero; no; pero si la sociedad tiene hoy como angustia y problema máximos, los de aliviarse o librarse de las cadenas en que se debate el escritor, el hombre que tiene, en privilegio, el pensamiento y la palabra, debe convertirse en mensajero de claridad y abanderado de la liberación.

Y no se crea que si el poeta abdica su dura y honrosa misión, alguien puede relevarlo. Porque el arte es sin duda el primero de los privilegios humanos. La ciencia es sólo ciencia, pero el arte es también vida; el pensamiento es luz, pero el arte es creación tan animada como la otra: «el arte en sí es Naturaleza también», como se dice en el shakespiriano

*Cuento de invierno.* No solo que el arte es también conocimiento, sino el más intenso de todos. En efecto, lo que podemos saber a través de los cronistas, eruditos o teólogos de la época, apenas nos dice algo del Medioevo, cuya alma está en el Dante. Y todas las escrupulosas y austeras páginas de la historia inglesa apenas logran insinuar algo sobre aquellos reyes que ya llevan para siempre la marca de Shakespeare, inauditos de violencia, de crimen y perfidia, o sobre sus dignos rivales o sus dulces víctimas, que se agitan con intensidad de avalancha en los dramas inmortales.

Y cien ensayos o sermones magistrales sobre la emancipación social de la mujer nos dirán menos siempre que las maravillosas alegrías del comienzo y la trágica revelación final de Nora, la de *Casa de Muñeca*.

Y ni decir que la misión o función del poeta no es predicar ideas libertadoras, sino transfundirlas en criaturas de sangre divina o en soplos de alma: drama, tragedia o canción.

Es bajo tal aspecto como hace poco (en el prólogo de un libro) me permití reprochar a mis colegas de América algo que yo me atreví a llamar falta de auténtica modernidad. En efecto, es en vano esperar que la novedad venga de los alambiques. Precisamos, no una nueva técnica, sino un nuevo espíritu. Una nueva relación del hombre consigo y con lo que le rodea, una nueva experiencia vital, es lo único que puede engendrar un arte nuevo. El arte es expresión de sentimientos universales, o sea, aquellos en que comulgan todos los hombres. Y es claro que si estos no cambian su estilo de vida tampoco cambiará su arte. Mas toda cosa es dialécticamente causa y efecto: y así, para cambiar revolucionariamente, la sociedad precisa ayuda: y por cierto la del arte tanto o más que ninguna otra.

Y he aquí que la verdadera carta de crédito del poeta es su capacidad de escuchar los mensajes del tiempo, digo, los del porvenir que quiere actualizarse emancipándonos de la tiranía milenaria de los muertos. «Es sobre todo el grado de anticipación de la sociedad futura y de la sociedad ideal lo que caracteriza a los coregas del sentimiento y del pensamiento», decía Guyau. *Sí, primero y finalmente la poesía es profecía o no es nada.*

Ahora bien, son muchos y demasiado importantes y demasiado coincidentes los testimonios para dudar ya de que los *hombres de la actual generación tenemos un privilegio desme-*

*surado: el de estar viviendo uno de los momentos más dramáticos de toda la historia, o mejor, muy probablemente, la más decisiva aventura en la biografía conocida del mundo.* Y me refiero mucho menos a la panguerra que aun no ha terminado, que a su causa engendradora, que es la de siempre, con las únicas diferencias de su magnificación prodigiosa y de que lleva el signo de muerte. Dicho en dos palabras: una civilización agoniza para que nazca otra: una civilización más llena de monstruosas contradicciones y horrores que cualquiera otra en su hora extrema, se apresta a irse para que un mundo hecho trizas, pero en condiciones de vencer sus fronteras más arcaicas, se convierta para todos los hombres en algo tan familiar y cordial como un patio casero. Y bien: en la medida en que un artista es capaz de presentir y prefigurar ese acontecimiento único en los tiempos, es un poeta de nuestra época, o para decirlo a la antigua, *es un hijo verdadero de la musa.*

Goethe — sin duda el primer legislador del arte, hasta hoy — asegura que *el tema de los poetas no es... lo poético, sino lo real.*... «Hay que tener fantasía para la verdad de lo real», es su fórmula profunda. Y enseña que el poeta no ha de quedarse en éxtasis embotellado ante su propia alma, sino sumergirse en la Naturaleza y enfrentar el mundo de los hombres. «Todas las épocas amenazadas de disolución, dice, son subjetivas, en tanto que las épocas de avance se caracterizan por su tendencia objetiva. Sólo es verdaderamente poeta el que se muestra capaz de adueñarse del mundo y expresarlo.» Sosteniendo que «el arte ha sido dado para conciliar al hombre con el mundo y sus lástimas» y explayando esa soberana intuición suya de que «sólo entre todos los hombres viven lo humano» o de que «sólo la humanidad es el hombre verdadero», y desprendiendo que «el individuo sólo puede sentirse satisfecho y feliz cuando logra sentirse a sí mismo en el todo», descubre de manera inimitable no sólo cuál es la razón de la fraternidad humana, sino la *clave fundamental de la poesía que es, digámoslo nosotros, la comunión, excelsa entre todas, de los hombres en la belleza.* Y como si temiera no ser bien comprendido, Goethe insiste finalmente: «Los poetas de hoy escriben como si estuvieran enfermos, como si el mundo entero fuese un hospital... La generación actual teme a la fuerza sana. Llamaré a su poesía «poesía de hospital» y llamaré «tirteica» a la que no sólo canta canciones de guerra sino que estimula a los hombres en sus luchas por la vida.»

Y bien: nunca como en la apocalíptica confusión de la hora presente están tan precisados los hombres de una poesía que revele la frescura y la gracia inmarcesibles del mundo y la energía matinal del alma humana.

El hombre ha sido hasta hoy un animal pesimista. En general, sensible a las derrotas en sus luchas con el mundo físico o el mundo social, el hombre tendió a desertar de su propia causa. Ante la inclemencia de las tiranías o las anarquías, ante las plagas y las pestes, o ante el imperio de la Naturaleza agresora (la selva en la India, las arenas ardientes en Egipto, Palestina o Arabia), el hombre renuncia en gran parte a la lucha y renuncia en gran parte a su propio cuerpo, refugiándose en lo que llama su espíritu, que declara su única realidad. Más: ve entre su cuerpo y su espíritu una antinomia insoluble: para que el alma pueda salvarse o elevarse hay que mortificar a anular en lo posible el cuerpo, esto es, hay que renunciar a los instintos más afirmativos del ser: instinto de lucha, instinto de procreación, instinto de hermosura, instinto de conocimiento. Y así es cómo el pesimismo más radical ha sido y es el clima interior de la especie humana en todas las zonas, con excepción de la Grecia en su período ascendente — pues el alma de su decadencia parece haberla expresado Sócrates cuando dijo: «Vivir es estar largo tiempo enfermo.» David Herbert Lawrence ha estampado esta sentencia cuya terrible verdad sobrecoge: «Todos los redentores y fundadores de religiones lograron sólo cortar los lazos que nos unen a la vida.»

Cierto, el fondo esencial de los credos que Moisés, Buda, Jesús o Mahoma o Platón predicaron continúan subterráneamente esa tradición de terror y de abdicación de sí mismo del hombre hijo de la tierra que en los pueblos iniciales llevaba a los sacrificios humanos. Toda la Edad Media, con sus fobias ante la Naturaleza viviente y su culto frenético de las infinitas formas de autosuplicio, tiene el sentido de un ensayo hecho para convertir el mundo en una especie de cuartel general de expiación y purificación como único medio de ganarse el cielo.

Pero he aquí que la poesía moderna y la misma filosofía moderna continúan clandestinamente la tradición sombría. ¿No ha demostrado el autor de *El ocaso de los ídolos* que Kant llevaba sangre teológica en las venas y su filosofía era de pura raíz pesimista? Pero bastaría recordar a Novalis y su frase famosa — «la vida es una enfermedad del espíritu» — y sobre

todo a Schopenhauer con su implacable proceso y su entusiasta calumnia de todos los estímulos vitales, de todos los encantos humanos, para calcular el poder de perduración del alma más arcaica.

El testimonio de los poetas no es menos doloroso, o más, si cabe. Sólo quiero recordar aquí el lúgubre *never more* del cuervo de Poe o *La gentileza del morir comprende*, de Leopardi, o al «Barco ebrio» de Rimbaud con su *toute lune est atroce et tout soleil amer*, o más aún a los mejores de nuestros días, Rilke, Milosz, y sobre todo al tan cotizado Valery con su salmo a la virginidad de la nada:

*El universo es un defecto  
en la pureza del NO - SER.*

Qué mucho, si el mismo Byron que tendía o parecía tender a ratos sus velas al almo soplo de la Revolución Francesa, era o seguía siendo en el fondo un hombre medioeval, un calvinista, o agustinista, que creía en la mancha del pecado original, esto es, *en el hombre caído y precisado de punición para redimirse*.

Y sin embargo era el Byron que había cantado:

*Lo que yo anhelo es ver liberado al hombre  
a un tiempo de las plebes y los reyes.  
Pues yo he de enseñar, si puedo, hasta a las piedras  
a levantarse contra los tiranos del mundo.*

Pese a todas las limitaciones de su espíritu, Byron era un real poeta, y había adivinado, antes que nadie, en Shelley, hombre a quien llamaba «uno de los sobrinos de la serpiente que tentó a Eva», a un adelantado de lo moderno. Ciertamente el ciudadano inglés de quien sus compatriotas sólo se acordaron una vez para intentar romper su frente de diamante contra los códigos del reino; — el hombre de quien Byron decía: «No conozco a nadie que no sea una bestia comparado con él»; el poeta que iniciado por el divino Espinoza había comenzado impugnando la tiranía de los dioses y que amaba la belleza de la tierra y la libertad de los hombres como los ángeles deben amar el cielo, — Shelley era el primer poeta decisivamente moderno, y tal vez no hay otro hasta la venida de Whitman.

Decisivamente modernos, dije. Y ya podemos ir sabiendo que ninguno de ellos intentará apocarnos con su quejumbre

sobre la fugacidad y crueldad del mundo y de la vida, o la falacia de la dicha humana, ni adormecernos con la dulcísima promesa del nirvana o el espejismo celestial de los premios de ultra tumba. En ellos sólo encontraremos un fervoroso reconocimiento de la gracia siempre paradisiáca de la tierra, y de lo efímero como una pormenorización de lo eterno y del ningún hiato que separa lo infinito de lo finito, y sobre todo, el más alborozado saludo al hombre en su nueva estación, al hombre que no es ángel ni hijo de ángel, pero que *salido de los bajos fondos del bosque se encamina a las cimas rodeadas de cielo como nimbado por las chispas del porfiado choque de su voluntad contra el destino*, — del hombre que ríe al fin de los fantasmas engendrados por su propia avaricia, su crueldad y su miedo y se siente ya el heredero viviente de todos los ídolos en polvo.

Así es: rompiendo la tradición de los profetas coronados de ceniza, de los teólogos con sus grandiosos y supliciosos sueños de ultratierra, de los filósofos con su idealismo tránsfuga de la realidad, — los poetas de mañana recogiendo en herencia ese alborozo hecho de belleza y serenidad, como un arcoiris, que los griegos llamaron alcionismo, o la purpúrea alegría con que Shakespeare redimió el horror de sus dramas, *los poetas venideros, digo, serán los sacerdotes de ese indivisible misterio que es la alegría sensual y espiritual de la vida*.

Y no quiero terminar sin insistir en que la poesía es anuncio y revelación y liberación, o no es nada. Los hombres tienen una entrañable tendencia a dejarse atar por la tradición y la costumbre y es preciso desuncirlos; los hombres sienten demasiada ternura y veneración por el pasado y es preciso anotarlos del porvenir; *los hombres no pueden pasarse sin sacrificar ante ídolos muertos (de oro o de humo) y es preciso volverlos hacia las maravillas vivientes que los asedian, inaugurarles cada día el mundo*.

Pero el mundo venidero está casi a la vista de los que se esfuerzan en verlo, y aun los profanos nos animamos a aludir, como en chata lista de inventario, a algunas de esas divinas novedades por cuya ausencia el mundo actual agoniza, a algo de aquello que el poeta debe convertir en música orfeica para que nazca el alma del hombre nuevo.

Y decimos que una sociedad como la nuestra, incapaz de evitar, en reiterada ocasión, una pandemia como la guerra presente, con sus insondables consecuencias de crueldad y servidumbre, es una sociedad anti-humana y precisa para

salvarse una trasmutación completa de todos sus valores. — Y decimos que entre tanto, el orden debe llamarse cárcel, la obediencia servilismo, la riqueza robo, la filantropía «filantropillería», la desnudez y el hambre, crímenes oficiales. — Y decimos que el hambre, la desnudez y la enfermedad son problemas filosóficos, esto es: que el bienestar material de cada miembro de la sociedad es indispensable absolutamente para que la libertad y la espiritualidad y la poesía tengan un comienzo de viviente realización humana. — Y decimos que la desigualdad debida al dinero o al nacimiento, es el primer problema de la cultura, como que aquella es fuente de estagnación y regresión. — Y decimos que la propiedad actual ha expropiado al hombre que así prefirió poseer a ser, pero que la sociedad futura se alzarán sobre la fase de que nadie posea más riqueza que aquella que también enriquece a los otros, que nadie acumule más bienes que aquellos que ninguno puede robar ni codiciar porque miran a la inalienable personalidad de cada hombre. — Y decimos que sólo entonces se revelará el verdadero sentir de la fraternidad humana que no es un deber impuesto por un dogma inaveriguable, sino una gozosa necesidad del hombre para realizarse como tal, — esto es, para que su alma pueda expandirse y elevarse hasta su plenitud, probada menos en el hecho de condolerse del dolor ajeno cuanto de alegrarse con la alegría, la fuerza, la salud, la gracia, el espíritu, la independencia de los otros. — Y decimos que lo que no salga de la más libre voluntad individual, o colectiva, debe ser implacablemente condenado, *pues aun para el error la libertad es preferible a cualquier imposición, ya que todo acatamiento mancha la voluntad o el espíritu*, y decimos que la autoridad suave y benigna, que ahoga la personalidad, sin herirla, es peor que la otra, *y decimos que la derrota final del dogma de obediencia, ese cáncer de la historia humana, habrá hecho crecer en una cabeza la estatura espiritual del hombre*.

Y bien: es ese mundo del hombre nuevo lo que los poetas de hoy deben anticipar y cantar si no quieren ser los Judas de sí mismos. Porque la más urgente y fundamental necesidad de la prodigiosa civilización técnica de hoy es librarse en sus adentros de los pesos muertos del pasado — de la fúnebre herencia medioeval y otras más primarias, — es crear su propio espíritu y cumplir con lo suyo: *la jubilación de todos los grilletes y muletas, para que el milenario sueño de Prometeo se encarne sobre la tierra y aparezca el individuo soberano, rey de la vida*.

Y en tamaña empresa, la poesía abrirá el camino. El poeta, demiurgo de la libertad, cogerá su alternativa. Y si en el mundo externo no será fácil ya descubrir constelaciones inéditas, el cosmos del alma humana está lejos sin duda de haber agotado sus posibilidades, y de juro que los más grandes poemas esperan aun su hora, y la tendrán, para que se revele en su total verdad la grandiosa intuición de Federico Hebbel: «El hombre es la prosecución del acto creador, una criatura eternamente deviniente, jamás conclusa, que impide el cierre, la detención y cristalización del mundo.» Y ni decir que esos serán los más libres de los poemas, así como los caballos indios de nuestra pampa — los más profundos y tempestuosos caballos que nunca existieron — no precisaban rienda.

Y terminaré con palabras de nuestro Whitman: «Contemplado desde un punto de vista suficientemente amplio, el problema de la humanidad de hoy, de todo el mundo de la civilización, es social y religioso, y debe ser tratado en última instancia por la literatura. El sacerdote se va; el *litteratus* divino arriba.»

## Extraño expropiador

Julio Alvarado aguardaba tranvía en la esquina de Providencia con Pedro de Valdivia.

Era bajo, muy delgado, de cara cobriza, hecha de ángulos. Sus ojos hundidos y coronados por cejas densas, miraban con fuerza. Cierta es que para subir a dicho vehículo son indiferentes la estatura y la fisonomía. Sin embargo, esta vez fué un poco su cuerpo el determinante de lo acaecido en seguida.

Apenas puso pie en la plataforma delantera del acoplado, sintióse lanzado suavemente al extremo contrario y, sin que transcurrieran sino segundos, vino a dar al punto de origen. Se extrañó. Parecióle que mediante un movimiento de rotación, hecho por el hombre que estaba en la entrada, fué expedito hacia el fondo y de ahí, por el mismo artificio, devuelto.

Pensó que si su inferencia era justa, en esa acción había un propósito. Por hacer algo — y por el pesimismo que le inspiraban sus semejantes —, encontró bueno palpase los bolsillos. . . Ya no tenía su billetera.

Examinó a los pasajeros con prontitud. Liberó de sospecha a los contiguos. El individuo alto de la plataforma izquierda y el sujeto de la derecha, también alto, sí que le preocuparon.

Comparándose físicamente con ellos, la diferencia en su contra aparecía abrumadora. El hombrón de la izquierda, juzgado con premura, no tenía la pinta del culpable. Más fornido aún era el de la diestra. Miraba hacia adelante con indiferencia. Una leve cicatriz, que bajaba del ojo al labio, dramatizaba su expresión. El despojado notó que al sujeto le temblaba ligeramente la barbilla. Entonces se le enquistó la idea de que era el ratero. Una puñalada no se recibe por estar en la iglesia. . . Además ¿por qué tiene trémulo el mentón? ¿está emocionado por algo? Ese algo no puede ser sino el hurto de su billetera.

Su aire formidable permitía desechar la idea de un tic, achaque común a los burgueses y raro entre los trabajadores. Este proceso, tan cabal, duró un minuto.

Al sopesar los factores le causaba inquietud que ese prójimo, sindicado por él de ladrón, fuera tan fuerte. Había perdido la cartera. Recibir como extra una fractura no era económico. Encontró apropiado para el caso de que éste quisiera concluir el incidente con una bofetada, situarse fuera de su alcance, y observarlo.

Lo miró fijamente, con deseo y temor de provocar una reacción. Mientras se mantuviera inmóvil, su certidumbre estaría más cerca de la conjetura que de la verdad. Le alegró advertir que el temblor facial iba en aumento. Los risorios tenían una movilidad espasmódica. El hombrote no pudo sustraerse a su penetrante mirada y torció la cabeza más a la derecha, como para apreciar mejor la amenidad de los jardines de Pedro de Valdivia, por donde corría el tranvía hacia la plaza.

Alvarado giró un tanto para enfrentarlo. El inculpado le dió una mirada fugaz, de soslayo, y volvió a su inmovilidad. Sólo las mujeres, cuando viene del hombre, toleran la mirada insistente: la aceptan como estímulo y homenaje. De varón a varón es casi injuriosa y basta para que el afectado reaccione con un bofetón.

Mas, el ratero no ataca nunca aunque tenga la certeza de vencer. Tiene el hábito de ser golpeado por sus víctimas, perseguido por el carabinero, asediado por el pesquisa, condenado por el juez, oprimido por el carcelero. Estas vicisitudes alteran sus nervios. El miedo lo hace tímido, le afina la atención hasta un grado que no alcanza ningún semejante, salvo el conductor de vehículos, y lo pone trémulo y movedizo. El que haya visto apalearse a un ladrón sabe lo que es el terror en su ser o su representación más patética. Si hiciera gala de entereza, y devolviera cada golpe, su existencia sería brevísima.

Si su vida es tan azarosa ¿por qué roba? ¿no le valdría más aprender un oficio? Sin duda. Pero como procede a menudo de padres obreros, se comprende que la oportunidad de aprenderlo la tuvo, mas no pudo aprovecharla.

El obrero madruga, es paciente, austero, vive con espantosa sobriedad. Cuando un vástago nace sin estas virtudes, y sí con los sentidos despiertos en demasía; cuando es un goloso, pero no un genio ¿cómo podría en una labor constante, monótona, mal pagada, conquistar los medios de satisfacer su sed de goces?

Le quedan únicamente la vagancia y el robo. El vago-bundo se ve precisado a ser aún más parco que el obrero. No dispone sino de sobras. Alienta porque el quid de su vida consiste en hollar los caminos.

El goloso, que es un servidor de su cuerpo, no tiene ante sí sino el hurto. Con su producto se proporciona placeres. En lo demás es sociable, generoso y se entienda a maravillas con sus semejantes.

Actúa con valor impar porque trabaja sobre materia viva. Su orgullo está en no ser advertido. Desliza sus dedos hasta el fondo de un bolsillo interior y extrae, con limpieza, la billetera o el reloj. El prestidigitador a su lado es un mero aprendiz. Si no se le siente, con dignidad se aleja del sujeto y desaparece entre la multitud; pero basta que le tiemble la mano, o alguien lo aperciba, para que lluevan sobre él los golpes. Su triunfo es siempre anónimo. Triunfa cuando nadie le siente ni le ve; mientras mayores son sus aciertos, más obscura es su existencia. Alcanza nombradía sólo cuando cae preso.

No pudiendo atacar, una vez descubierto, su recurso es desaparecer. Si es rodeado, su ética le permite lamentarse, gritar, excitar la piedad. Nunca faltan testigos sensibles que interceden por él o que con sus voces imponen la dulzura.

Sus actos son reprobados porque sustrae valores y no da algo en cambio. Sin embargo, el actor, el conferenciante, el ilusionista, el recitador tampoco dan y la sociedad los mantiene. Se arguye que en esto hay consentimiento, mientras que en el hurto dominan el engaño y la sorpresa.

Como el individuo medio quiere vivir seguro, su actitud ante el expropiador es de violencia y no le reconoce ningún mérito, aunque hurte del bolsillo de su enemigo jurado.

Las víctimas, quizás si por inmodestia — y porque la condición de víctima es considerada deprimente —, querrían que los latrocinios fueran efectuados con aviso previo. En esas condiciones las garantías del hurtador serían menores que si jugara a la lotería.

El hombre vigilado sintió gran inquietud. Apenas llegó a la plaza se lanzó de la plataforma y procuró disimularse entre las gentes que allí estaban, pero Julián Alvarado, guardando cierta distancia, le siguió. Su sentido de propiedad era demasiado firme para considerar el hecho en broma.

El presunto culpable miró hacia la plaza Pedro de Valdivia con interés devorador, como si fuera suya y quisiera apreciar el estado de sus jardines y el crecimiento de cada palmera. Mas, indefectiblemente terminaba por encontrarse con el ojo del perseguidor, y le pareció notar que unos alemanes, tan fornidos como él — y con esa mirada fría que da el antejo — también le examinaban con desconfianza.

Le chocaba que el hombre bajo no llamara al carabinero, cuando éste permanecía allí cerca pasándose el palo de una mano a otra. El asedio silencioso aumentaba su perplejidad y crecía su sensación de peligro. Esa mirada ardiente y dura taladraba sus mejillas. Veíase detenido, camino del retén; se veía luego en el calabozo, no sin recibir en el interregno empujones y taconazos.

Su víctima estaba a tres metros y cuando él le quitaba la cara, ésta daba unos pasos y volvía a ponérsele delante. Tal actitud, insólita en su vida de ratero, lo tenía abrumado. Por suerte venía un tranvía. Con disimulo, al paso de éste, saltó a la pisadera y en el acto penetró al interior y adoptó un aire angelical frente a las personas ensimismadas que allí iban.

Después de un instante, por mera comprobación, miró hacia atrás y se encontró con la mirada ardiente de su contrario. Buscó hacia donde escapar, pero el tranvía corría entonces por ese callejón amurallado que es la Avenida Bilbao entre Pedro de Valdivia y la calle inmediata. Además, bajo sus párpados, comenzó a sentir un calorillo insoportable. Era la mirada de su perseguidor. Notó que éste llevaba la mano en el bolsillo del pantalón y le pareció advertir ahí el relieve de un revólver. Comprendió que no había cómo salvarse y en medio de la más grande angustia, luego de verificar que nadie les veía, sacó la billetera y se la entregó en silencio, no sin darle una mirada de profundo reproche, que trocada por palabras podría ser esto: ¡Qué cargante es usted!

Alvarado recibió su billetera como si fuese lo convenido, la abrió nerviosamente y examinó cada división. Quedó satisfecho. Y en vez de elevar preces al Altísimo, sintió ira por haberse visto obligado a una persecución tonta en busca de algo que era suyo, y quiso echar las manos al cuello del ladrón, pero éste, en ese instante, saltó de nuevo al pavimento y se alejó por una callejuela próxima a Manuel Montt. Caminaba con paso rápido, la cabeza escondida entre los hombros, como si todavía estuviese en peligro.

Santiago, Abril de 1945.

## El socialismo y la libertad

La experiencia ha demostrado que existen varios tipos de socialistas, casi tantos como constituciones psíquicas hay. No obstante, a primera vista pueden distinguirse cuatro tipos principales y quizá si fundamentales: 1.º el socialista tipo intelectual, que está dispuesto a aceptar, y acepta, todo aquello que se le presenta como socialismo, aunque ello no sea más que una banda de músicos y un tony o un organillero con su mona; 2.º el socialista por afanes o principios materiales, que está convencido de que el socialismo ha sido creado únicamente para mejorar su situación económica; 3.º el socialista por afanes o principios administrativos, que se cree llamado a dirigir, ahora y siempre, a los anteriores; y 4.º el socialista por afanes o principios morales. Al primero podrá encontrarse en las innumerables sociedades de amigos del socialismo y al segundo y al tercero en los partidos socialistas de todo el mundo. En cuanto al cuarto, rara vez se le hallará acompañado de más de dos o tres personas. No es miembro de ningún partido político y el socialismo de partido, por su parte, le mira siempre con oblicuos ojos, considerándole siempre como un ser demasiado independiente. Su excesiva independencia le hace sospechoso de tibio socialismo y de otras cosas peores.

\*

Demás está decir que el socialista por afanes o principios morales no es un individuo que anhele el socialismo porque vive mal y quiera vivir mejor o porque considere que la sociedad está mal organizada y peor dirigida y estime que él es el llamado a organizarla y dirigirla mejor, no; este socialista es socialista porque vive más o menos bien en un mundo que vive decididamente mal. Al decir que vive más o menos bien no queremos decir que viva en la opulencia o en la ociosidad; nada de eso: carece de bienes de fortuna y debe ganarse la vida como cualquier hijo de vecino. Vive más o menos bien en el sentido de que su inteligencia y su espíritu tienen satisfac-

ciones — sin índole política o social de ninguna especie — que compensan sus angustias materiales o de otro orden más elevado, procurándole un equilibrio de que carecen no sólo los socialistas del segundo y tercer tipos sino que también la mayor parte de los individuos que componen una sociedad cualquiera, sean esos individuos de la clase que sean.

Esta condición es una condición de que él puede gozar en cualquiera sociedad de tipo democrático y es obvio que no necesita esperar el advenimiento del socialismo para disfrutar de ella, ya que, como se comprende, es una condición natural. Siendo así, su socialismo es puro, es decir, desinteresado: no lo desea para mejorar de situación ni tampoco para reemplazar a los gobernantes o policías de la sociedad actual, transformándose en un gobernante o en un policía socialista. Nada de eso. Desea el socialismo exclusivamente porque su conciencia moral le dice que es necesario que la humanidad, y dentro de ella especialmente lo que se llama pueblo, cambie su actual situación por otra más noble. No ve, por otra parte, en ninguna otra doctrina político-social — las religiosas no le interesan — la grandeza que tiene el socialismo.

\*

Es innegable que el concepto que este socialista tiene de la libertad en relación con el socialismo, es completamente diverso del que tienen los demás tipos de socialistas: al segundo sólo le interesa vivir bien; al tercero, mandar.

El tema del socialismo y la libertad fué puesto de actualidad cuando el conocido líder de la plutocracia y del imperialismo británico, Mr. Churchill — que años antes había declarado que si fuera italiano sería fascista —, al atacar en mala forma al partido laborista durante la última lucha electoral inglesa declaró que no podía haber socialismo sin una policía que, como la Gestapo o la Gepeú, controlara todas las actividades del individuo, incluso sus opiniones y hasta sus pensamientos. Al leer esas palabras, lo primero que acudía a nuestra mente era el recuerdo de Rusia, único país en que hasta este momento ha ocurrido una experiencia llamada socialista y al cual, indudablemente, se refería Winston Churchill, aunque sin nombrarlo. Ese recuerdo era seguido de un amargo sentimiento: Mr. Churchill, a pesar nuestro y en lo que a Rusia se refería, tenía razón.

Quedaba, sin embargo, una pregunta que era como una esperanza: ¿es en realidad Rusia un estado socialista?

\*

La revolución de Octubre (o Noviembre) fue realizada bajo las consignas dadas por Lenin en sus famosas diez tesis, de las cuales la tercera y la quinta pedían el establecimiento de una república soviética, en tanto que la sexta propugnaba la expropiación de los latifundios, y la séptima y la octava la entrega a los soviets del control de todos los medios de producción y de distribución. Era una revolución para el pueblo y fué hecha por el pueblo; y como no hay en la historia, y talvez — felizmente — no lo habrá nunca, el caso de un pueblo que haga una revolución para perder su libertad, asombra que veintiocho años después de realizada aquélla alguien pueda decir, sin encontrar a nadie que le diga — con serias razones — que miente, que su fruto ha sido la creación de un estado en que una policía política controla todas las actividades del individuo, incluso sus opiniones y hasta sus pensamientos. ¿Qué causas han hecho posible semejante desviación?

Esta desviación resulta tanto más extraordinaria si se recuerda que en ninguna de las tesis de Lenin, padre de la revolución, así como en ninguno de sus escritos, puede hallarse nada que no sea fruto del más encendido amor a la libertad y al socialismo. Lenin era, sin duda, un hombre violento y fanático, sarcástico e hiriente (¿qué papel habría hecho en una sociedad de amigos del socialismo?), pero a nadie que no sea un estúpido se le ocurrirá acusarlo de falta de amor al socialismo y a la libertad.

\*

Podríamos dar vuelta un año y otro año buscando aquellas causas, sin que al final lográramos otro resultado que el de asegurar que existieron y aun existen. Pero, examinando los acontecimientos ocurridos en Petersburgo en 1917, podemos llegar a las siguientes conclusiones:

— La insurrección de Febrero fué un movimiento eminentemente popular, y como tal, de tendencia libertaria;

— La de Noviembre, aunque organizada y dirigida por un partido político, el bolchevique, tuvo idéntica tendencia, ya que pedía todo el poder a los soviets y el establecimiento de una república soviética;

— Esa consigna era de carácter socialista, y siéndolo, era también de carácter libertario, ya que nadie puede imaginar

que una república dirigida por organismos populares como eran los soviets tuviere como finalidad la de privar de libertad a los individuos que los formaban y elegían;

— De lo que se desprende que existe una vital relación entre la libertad y el socialismo, siendo la primera condición *sine qua non* del segundo.

Con todo esto, y dando como aceptado tácita y explícitamente que en Rusia no existe la libertad que el socialista del cuarto tipo concibe como tal, llegamos a un final inesperado aunque fatal; el socialismo de la Unión Soviética no es el socialismo de Marx, de Engels ni tampoco el que Lenin diseñó en su famosa obra *El Estado y la Revolución*. Por lo demás, nadie jamás ha asegurado que exista en Rusia tal socialismo y nadie, si lo asegurara, podría demostrarlo. Cosa extraña, cuando Lenin discutió sus tesis en la asamblea general del partido bolchevique, se pronunció abiertamente contra la instauración del socialismo: «Nuestra tarea — dijo — no debe ser la edificación del socialismo; debemos ocuparnos, únicamente, de que el control de todos los medios de producción y de distribución sean entregados a los soviets.» Era una medida socialista, pero no era el socialismo. El socialismo vendría después.

En 1945, todavía lo estamos esperando.

\*

Pero, si en Rusia no existe el socialismo, las palabras de Mr. Churchill no tienen significado ya que se refieren a algo que no existe. Decir que no puede existir el socialismo sin una policía que controle todas las actividades del individuo, incluso sus opiniones y hasta sus pensamientos, es como decir que no puede existir la Atlántida sin un gobernador que use calzoncillos de franela. Cuando exista la Atlántida o cuando surja del fondo de los mares, si es que alguna vez llega a surgir, podremos ver si eso es verdad; del mismo modo, cuando exista socialismo, si es que llega a existir — no nos hacemos muchas ilusiones —, veremos si podrá existir o no sin una Gestapo o una Gepeú.

Carlos Mayes

## Lev Davidovich

Mientras Engels, venerado patriarca de la Social - democracia internacional, extinguióse apaciblemente en Londres, cargado de años, tocaba a su fin el siglo que separa las revoluciones burguesas de las revoluciones proletarias, el jacobinismo del bolcheviquismo. La transformación del mundo, anunciada por Marx iba a convertirse en la tarea inmediata, y los revolucionarios conocerían vicisitudes sin paralelo. En efecto, los cerebros de los tres más grandes jefes revolucionarios, después de Engels, fueron abatidos por la reacción. El futuro historiador no podrá dejar de ver en ello uno de los signos característicos de nuestra época. Y de observar asimismo el origen de estos golpes. La cabeza de Lenin fué perforada por una bala de la «socialista - revolucionaria», Fanny Kaplan. La cabeza de Rosa Luxemburgo fué deshecha a culatazos por la soldadesca del «social - demócrata» Noske. La cabeza de Trotsky fué hendida por el zapapico de un mercenario del «bolchevique» Stalin. Nuestra época de crisis, con sus saltos bruscos y su ritmo febril, devora cada vez más rápidamente a los partidos y a los hombres. Los que a la víspera no más representaban la revolución, devienen los instrumentos más sombríos de la reacción. Esta lucha entre la cabeza del proceso histórico y su torpe cola de plomo asume su forma más dramática en el duelo entre Trotsky y Stalin, precisamente porque se desarrolla sobre la base de un estado obrero ya establecido. Trotsky, — llevado a la cumbre del poder por la eclosión revolucionaria de las masas, perseguido y acusado cuando se sucedían las derrotas del proletariado — resulta la encarnación misma de la revolución.

Lo ayudaba un físico asombroso. Lo que ante todo llamaba la atención en él era la frente, fenomenalmente alta, vertical y no agrandada por la calvicie. Después, los ojos, azules, profundos, de mirada fuerte y segura de su fuerza. Durante su estada en Francia, Lev Davidovich, debía viajar muchas veces de incógnito para simplificar los problemas de la guardia.

Entonces afeitábase la barbicha, se echaba el pelo a un costado, dividiéndolo por una raya. Pero cuando ya debía abandonar la casa y mezclarse entre la gente, yo me quedaba siempre preocupado: «No, es imposible, el primer transeunte va a reconocerlo, no puede cambiar su mirada. . . » Luego, al conversar, era la boca lo que más llamaba la atención en Lev Davidovich. Hablara en ruso o en cualesquiera lengua extranjera de las que dominaba, sus labios se aplicaban a modelar distintamente las palabras. Se irritaba escuchando hablar a los otros confusa y precipitadamente y se imponía siempre una elocución clara y distinta. Sólo dirigiéndose en ruso a Natalia Ivanova su registro se hacía en ocasiones menos preciso y articulado, descendiendo casi al murmullo. Conversando con sus visitantes en su estudio, las manos, apoyadas al comienzo en el borde de su mesa de trabajo, se agitaban muy pronto en gestos largos y firmes como para colaborar con sus boca en la expresión modulada de su pensamiento. El rostro aureolado de canas, el porte de la cabeza y todo el talante del cuerpo eran majestuosos y altivos. De talla por encima de la mediana, el pecho amplio, la espalda ancha y robusta, sus piernas parecían en comparación, algo enjutas. Sin duda, debe resultarle más fácil al visitante de un día decir lo que ha visto en el rostro de Trotsky, que a quien ha estado junto a él muchos años, en las circunstancias más diversas. Lo que yo no he visto nunca en él es la más ligera expresión de vulgaridad. Tampoco era posible encontrar eso que se llama bonhomía. Pero no le faltaba cierta dulzura, proveniente a no caber duda, de la formidable inteligencia, dispuesta siempre a comprenderlo todo. Lo que asomaba comunmente era un ardor juvenil, feliz de arriesgarse en todo y al mismo tiempo bastante fuerte para arrastrar a los demás a colaborar en el empeño. Cuando se trataba de fustigar a un adversario, esta especie de alacridad se tornaba pronto en ironía mordiente y maliciosa, alternando con una mueca de desprecio. Y cuando el enemigo era particularmente canalla, alcanzaba por un instante la malevolencia. Pero la vivacidad surgía en seguida de nuevo. «Los atraparemos», gustaba repetir con entusiasmo. En el aislamiento de la emigración, las circunstancias más dramáticas en que he podido ver a Lev Davidovich fueron los altercados con la policía o los incidentes con los adversarios de mala fe. Su rostro se endurecía entonces. Los ojos se le ponían fulgurantes como si se concentrara en ellos esa formidable fuerza de voluntad que de ordi-

nario no se podía medir más que por la obra de toda su vida. En tales casos era evidente para todos que nada, nada del mundo era capaz de hacerle ceder una pulgada.

En la vida cotidiana esta voluntad se dispensaba en un trabajo estrictamente organizado. Todo lo que lo distraía sin razón lo irritaba en extremo. Detestaba las conversaciones sin objeto, las visitas no anunciadas, los contratiempos, los retardos en las citas. Todo esto sin pedantería, por cierto. Si se presentaba una cuestión importante, no vacilaba un minuto en alterar todos sus planes; pero era necesario que valiera la pena. Ofreciendo el más mínimo interés para el movimiento, le dispensaba su tiempo y sus fuerzas sin reserva. Por el contrario, se mostraba tanto más avaro cuando amenazaba derrocharlos el descuido, la ligereza o la mala organización de los otros. Economizaba la más pequeña partícula de tiempo, esa materia preciosa de que está hecha la vida. Toda su existencia personal estaba fuertemente organizada por esa cualidad llamada en inglés *singleness of purpose*. Tenía establecida una jerarquía de tareas y lo que emprendía lo llevaba a término. Normalmente no trabajaba menos de doce horas por día, a veces mucho más, cuando hacía falta. Permanecía el menor tiempo posible en la mesa y después de haber compartido su comida durante muchos años no me acuerdo de haberle visto prestar alguna atención particular a lo que comía o bebía. «Comer, vestirse, todas estas miserables, pequeñas cosas que hay que repetir cada día. . . . » — me dijo una vez. Su única distracción no podía encontrarla más que en una gran actividad física. La marcha simple no lo aquietaba. Caminaba con viveza, silenciosamente y se veía que su espíritu continuaba siempre activo, pues de cuando en cuando hacía una pregunta: «¿Cuándo contestó a tal carta?» «¿Podría encontrarme aquel texto?» Su reposo sólo consistía en un ejercicio violento. En Turquía era la caza y sobre todo la pesca, la pesca en el mar, complicada, agitada, donde el cuerpo debía emplearse del todo. Cuando la pesca era buena, es decir, bien fatigosa, se ponía, de regreso, al trabajo con un ardor redoblado. En México, donde la pesca era imposible, inventó la recolección de cactus de peso enorme, bajo un sol de fuego.

La seguridad imponía naturalmente ciertas obligaciones. En los once años y medio de su tercera emigración, fué únicamente durante algunos meses, en ciertos momentos de su estada en Francia y en Noruega, que Lev Davidovich pudo

pasearse libremente, vale decir, sin guardia, en el campo, alrededor de su residencia. Por lo general, cada una de sus salidas significaba una pequeña operación militar. Era preciso tomar de antemano todas las disposiciones, fijar cuidadosamente el itinerario. «Me tratáis como a un objeto», — decía a veces, disimulando con una sonrisa lo que podía haber de impaciencia en la observación.

De los camaradas que lo asistían, demandaba el mismo espíritu metódico que él observaba en su trabajo. Cuando más próximos estaban a él, más les exigía y menos se cuidaba de formalismos. Quería la precisión en todo, una carta sin fecha, un documento sin firma, lo irritaban siempre, como en general cualquier descuido, cualquier negligencia, cualquier abandono. Hacer bien lo que hay que hacer y hacerlo hasta el fin. Para esta regla no hacía distinciones entre las pequeñas tareas cotidianas y el trabajo intelectual; llevar los pensamientos hasta sus últimas consecuencias, he aquí una expresión que asoma con frecuencia a su pluma. Se mostraba siempre muy preocupado de la salud de aquellos que lo rodeaban. La salud es un capital revolucionario que no hay que malgastar. Se molestaba viendo a alguien leer con mala luz. Hay que arriesgar sin vacilaciones la vida por la revolución, pero ¿a qué fatigar los ojos cuando se puede leer confortablemente, racionalmente?

En las conversaciones con Lev Davidovich lo que llamaba la atención a los visitantes, era su capacidad de situarse en una posición nueva, desconocida. Sabía integrarla en su perspectiva general y, además, podía siempre dar consejos concretos, inmediatos. En su tercera emigración, tuvo muchas veces oportunidad de recibir a visitantes de países que no conocía directamente. De los países balcánicos o de la América Latina, cuyas lenguas ignoraba y cuya prensa no seguía, ajeno a sus problemas específicos. Dejaba por lo pronto hablar a su interlocutor, haciendo de cuando en cuando algunas anotaciones sobre una hojita de papel o exigiendo algunas precisiones. «¿Cuántos miembros tiene ese partido?» «¿Ese político no es un abogado?» Después hablaba. La masa de información a él brindada se organizaba entonces. En seguida se distinguían los movimientos de las diferentes clases y de las diferentes capas sociales en esas clases, revelándose el juego de los partidos, grupos y organizaciones, así como el papel y la acción de los diversos personajes políticos, hasta que, con sus profesiones y sus rasgos personales, quedaban

lógicamente incritos en el cuadro. El naturalista francés Cuvier se complacía en reconstruir con un solo hueso todo un animal. Con su enorme conocimiento de las realidades sociales y políticas Trotsky podía librarse a un trabajo análogo. Su interlocutor quedaba siempre maravillado de ver cuán profundamente había penetrado en la realidad del problema particular y dejaba el estudio de Trotsky conociendo un poco mejor a su propio país.

En todo momento se sentía en Trotsky la inmensa experiencia, no sólo inscrita en la memoria, sino organizada, profunda y largamente meditada. Era evidente asimismo que la organización de esta experiencia se había hecho alrededor de principios incommovibles. Aunque Lev Davidovich detestaba la rutina y estaba siempre dispuesto a dar paso a las tendencias nuevas, el menor ensayo de innovación en los principios le hacía parar la oreja. «Recortar la barba de Marx» era su expresión para todas esas tentativas de ajustar el marxismo al gusto de hoy, y sentía por ellas un desprecio no disimulado.

El estilo de Trotsky era objeto de admiración universal. Es sin duda el que mejor puede ser comparado al de Marx. Sin embargo, la frase de Trotsky era menos amplia que la de Marx, en quien se siente, sobre todo en las obras de juventud, el caudal de los recursos universitarios. El estilo de Trotsky obtiene sus efectos por medios extremadamente simples. Su vocabulario, especialmente en los escritos políticos, era bastante limitado. La frase corta, con pocas cláusulas subordinadas. Su fuerza residía en que era sólidamente articulado, a menudo con oposiciones bien marcadas y siempre perfectamente equilibradas. Esta sobriedad de medios daba a su estilo una gran frescura y, si puede decirse, juvenilidad. Trotsky era en sus escritos más joven que Marx. Lev Davidovich sabía extraer provecho de la sintaxis rusa, que gracias a las declinaciones permite alterar el orden de las palabras en el interior de la frase, dando así a la expresión del pensamiento un relieve y una fuerza difíciles de obtener con medios tan reducidos en los idiomas occidentales modernos. Difícil de traducir, por tanto. Trotsky exigía una fidelidad matemática de sus traductores y se alzaba al mismo tiempo contra las reglas gramaticales que no permitían en lengua extranjera una expresión tan directa y concisa de su pensamiento. Comparado al de Lenin, el estilo de Trotsky lo supera, con mucho, por su claridad y su elegancia, sin perder nada de su fuerza.

La frase de Lenin con frecuencia se encumbra, se recarga, se desorganiza. El pensamiento parece a veces aplastado por la expresión. Trotsky dijo una vez que en Lenin podía descubrirse al mujik ruso, pero elevado a una altura genial. Aunque el padre de Lenin era funcionario provincial y el de Trotsky granjero, es Trotsky el urbano frente a Lenin. Sin duda, a causa de su raza. Se puede notar inmediatamente en la diferencia de los estilos, lo que no importa llevar esta oposición a los otros aspectos de estas dos personalidades gigantescas.

Cuando Trotsky fué deportado a Turquía el pasaporte que le dieron las autoridades soviéticas indicaba como profesión: escritor. En efecto, fué un grande, muy grande escritor. Si la inscripción de los burócratas provoca una sonrisa es porque Trotsky era mucho más que un escritor. Escribía con facilidad, pudiendo dictar durante muchas horas seguidamente. Pero releía y corregía después cuidadosamente el manuscrito. De algunas de sus grandes obras — la Historia de la Revolución, por ejemplo — hay dos manuscritos sucesivos antes del definitivo; pero en la mayoría de los casos, uno solo. Su enorme producción literaria, donde cuentan libros, folletos, innumerables artículos, cartas, apresuradas declaraciones a la prensa, notas de toda clase, es desde luego desigual. Unas partes están más trabajadas que las otras; pero ni una sola frase es desaliñada. En esta formidable acumulación de escritos, puede tomarse cinco líneas al azar y reconocer en ellas siempre al inimitable Trotsky. El conjunto mismo es impresionante y basta para dar testimonio de una voluntad y de una capacidad de trabajo poco comunes. Se ha recopilado de Lenin treinta volúmenes de obras completas, más treinta y cinco volúmenes de cartas y notas diversas. Trotsky ha vivido siete años más que Lenin, pero sus escritos, desde sus grandes libros hasta las breves notas personales, ocuparían sin duda tres veces más extensión. Durante los once años y medio de su tercera emigración amasó una obra que llenaría honorablemente una vida entera. Puede decirse que la pluma nunca cayó de su mano y qué mano.

Trotsky se ha puesto entero en sus libros. El contacto personal con el hombre no modificaba sino precisaba y acrecía la imagen que daba la lectura de sus escritos: pasión y razón, inteligencia y voluntad, llevados una y otra a un desarrollo extremo; pero al mismo tiempo apoyándose una en la otra. En todo lo que hacía Lev Davidovich sentíase que ponía

todo su ser. Repetía a menudo las palabras de Hegel: Nada grande se hace sin pasión en este mundo. Y no tenía más que desprecio para los filisteos que se alzaban contra el «fanatismo» de los revolucionarios. Pero su inteligencia estaba siempre ahí en maravilloso equilibrio con su ardor. Imposible soñar con el descubrimiento de una contradicción: era una voluntad invencible, porque la razón lo guiaba lejos. Es preciso citar una vez más a Hegel: *Der Wille ist eine besondere Weise des Denkens*. (La voluntad es una función específica del pensamiento).

## COLABORADORES DEL PRESENTE VOLUMEN

BARRENECHEA, Julio. Ver el artículo de Héctor Fuenzalida, páginas 59 - 64; pero rectificar la fecha de nacimiento del poeta. Barrenechea nació el 13 de Marzo de 1910.

DE ONÍS, Federico. Humanista español, director del Instituto de las Españas en los Estados Unidos y de la *Revista Hispánica Moderna*.

FRANCO, Luis. Poeta y escritor argentino de vasta obra muchas veces reseñada en estas páginas a las que está ligado desde su fundación.

FUENZALIDA, Héctor. Director de la Biblioteca de la Universidad de Chile. Colabora por primera vez en BABEL.

GONZÁLEZ, Eugenio. Profesor de filosofía, novelista, autor de *Más Afuera*, *Hombres*, *Destinos* y *Noche*.

GONZÁLEZ VERA. Autor de *Alhué* y *Vidas Mínimas* y de un estudio completo acerca de Baldomero Lillo.

GUZMÁN, Euclides. Ver la «Presentación» de González Vera en las páginas 71 - 72 del presente volumen.

HUXLEY, Aldous. Su ensayo sobre Swift, inédito en nuestro idioma, pertenece a su obra *Do what you will*...

LABARCA, Santiago. Ex - presidente de la Federación de Estudiantes de Chile y uno de los hombres representativos de la generación chilena del año veinte.

MAYER, Carlos. Secretario de León Trotsky durante muchos años. La evocación de Lev Davidovich en la intimidad, fué remitida por su autor desde los Estados Unidos.

MONTENEGRO, Ernesto. Autor de *Mi tío Ventura* y *Puritania*. Reside actualmente en los Estados Unidos.

RAPHAEL, Max.—Ha escrito entre otras obras de arte y filosofía libros sobre Proudhon, Marx, Picasso y *Zur Erkenntnistheorie der konkreten Dialektik* al que pertenece el capítulo que reproducimos de *Marxist Quarterly*, New York. Vol. 1 N.º 2.

ROJAS, Manuel. Autor de *Lanchas en la bahía* y *De la poesía a la revolución* además de numerosos libros de cuentos.

SCHWEITZER, Daniel. Ex - presidente de la Federación de Estudiantes de Chile y otro de los hombres representativos de la generación del año 20.

VICUÑA, Carlos. Humanista chileno, autor de *La tiranía en Chile* y de muchas obras de carácter didáctico.

## Indice alfabético del volumen VII de BABEL

(Números 28, 29 y 30)

BARRENECHEA, Julio / <i>Mi ciudad</i> . . . . .	65
DE ONÍS, Federico / <i>España en América</i> . . . . .	47
ESPIÑOZA, Enrique / <i>Colofón</i> . . . . .	43
<i>Martí ahora</i> . . . . .	53
FRANCO, Luis / <i>La poesía del hombre nuevo</i> . . . . .	117
FUENZALIDA, Héctor / <i>Julio Barrenechea: el poeta</i> . . . . .	59
GONZÁLEZ, Eugenio / <i>Juventud veinteañera</i> . . . . .	13
GONZÁLEZ VERA / <i>Estudiantes del año veinte</i> . . . . .	34
<i>Presentación de Euclides Guzmán</i> . . . . .	71
<i>Extraño expropiador</i> . . . . .	129
GUZMÁN, Euclides / <i>Carta acerca de una muchacha</i> . . . . .	73
HUXLEY, Aldous / <i>A doscientos años de Swift</i> . . . . .	87
LABARCA, Santiago / <i>La generación del año veinte</i> . . . . .	11
MAYER, Carlos / <i>Lev Davidovich</i> . . . . .	137
MONTENEGRO, Ernesto / <i>A buen Sarmiento mala podadera</i> . . . . .	107
RAPHAEL, Max / <i>Crítica marxista del tomismo</i> . . . . .	97
ROJAS, Manuel / <i>Recuerdos de J. D. Gómez Rojas</i> . . . . .	26
<i>El socialismo y la libertad</i> . . . . .	133
SCHWEITZER, Daniel / <i>Juan Gandulfo</i> . . . . .	18
VICUÑA, Carlos / <i>El año veinte</i> . . . . .	3

[ 144 ]

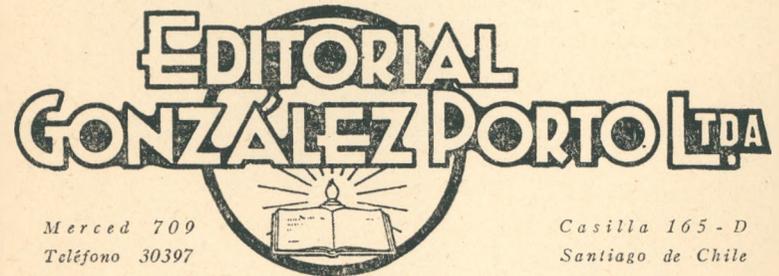
# “HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA”

*La Historia, el Arte y la Literatura del Mundo  
Tres obras en una*

**T**ODOS los genios de la literatura universal parecen volver de nuevo a la vida en las exquisitas páginas de esta HISTORIA maravillosa. Nunca ha existido una oportunidad mejor para conocer, en cuerpo y alma, a los que concibieron las creaciones artísticas y literarias más sublimes. Los TRECE volúmenes de la HISTORIA DE LA LITERATURA—hermosos volúmenes de majestuosa presentación y riquísimo contenido—recogen las más excelsas expresiones del ser humano. En ellas encontrará el lector la gracia divina de los poetas y la severa profundidad de los filósofos. Sus páginas nos presentan la exquisita prosa de los más grandes literatos y la inspiración genial de los que inmortalizaron su nombre a través de la piedra, la pintura y el mármol. . . Nada de lo que tenga un valor perdurable queda al margen de sus TRECE volúmenes. La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI abarca todas las culturas y da a cada una de ellas la trascendencia que en la Historia Literaria le corresponde. El más ilustre filólogo del mundo se ha unido en esta ocasión a JOSE PIJOAN, uno de los críticos e historiadores españoles más eminentes, para ofrecer al público de lengua castellana una obra monumental, única en su género. Por último, también han intervenido los más esclarecidos escritores de América Latina para desarrollar los capítulos correspondientes a nuestro Continente.

13 grandes volúmenes — Más de 7,000 páginas  
3,200 ilustraciones

Editores y Distribuidores Exclusivos



Merced 709  
Teléfono 30397

Casilla 165 - D  
Santiago de Chile

CONSULTENOS SOBRE AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO, Y LE  
REMITIREMOS FOLLETO ILUSTRADO DESCRIPTIVO

# LIBROS DEL MES

**EL PEN CLUB DE CHILE**  
ha proclamado como los mejores libros  
del mes de Octubre, 2 obras de Zig-Zag

## AUTOR NACIONAL:

LA NOCHE EN EL CAMINO, por Luis Durand. El paisaje y el carácter de Chile son, en esta novela, el fondo de un cuadro en el que, sobre el cañamazo brillante de los panoramas y los escenarios peculiares de nuestro país, se desarrolla un drama de amor, entreverado por conflictos profundamente humanos. El autor es uno de los mejores costumbristas chilenos y ésta constituye su obra cumbre. \$ 40.—

## AUTOR EXTRANJERO:

EL RAMO DE MIRTO, por Johannes V. Jensen. La primera traducción castellana de una obra del notable escritor danés a quién fué otorgado el PREMIO NOBEL DE LITERATURA de 1944. Es un volumen de la Biblioteca Zig-Zag.

EN EL EXTERIOR:

Calcúlese US. \$ 0,04.— por cada peso chileno

*En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos  
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador.*

**EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.**

Casilla 84-D.

Santiago de Chile